

CAPÍTULO XXII

La pesca con anzuelo.

Cuando pasaban los sucesos que acabamos de referir en el capítulo anterior, estaba ya bastante adelantado el mes de Agosto. Llovía casi todas las noches, y con aquella circunstancia contaba D. Silvestre Alarcón para llevar á cabo un plan atrevido que le ocurrió cuando conferenciaba con Adriano, y que, con la fuerza de voluntad que le caracterizaba, determinó poner en ejecución aquella misma noche.

Á eso de las once, el agua caía á torrentes é inundaba las calles de la ciudad. En las circunvecinas al palacio, por la parte de atrás, veíanse apostados unos cuantos Nazarenos, que arrostraban impávidos los aguaceros. Cuatro ó cinco de aquellos individuos aproximáronse al muro del edificio y colocaron una larga escala, por la que subieron dos de ellos solamente. Luego que hubieron llegado á la azotea, los que permanecían abajo retiraron la escala y la pusieron junto á la pared, de modo que no pudiese ser vista aun en el caso de que pasase alguna persona extraña por ahí. Por lo demás, la precaución era completamente inútil. En aquellos benditos tiempos, á tal hora y con semejante noche, ¿quién había de ser tan desalmado que se aventurase en las calles lóbregas y solitarias? Los ladrones aguardaban un tiempo menos tempestuoso y la ronda esperaba a que saliesen los ladrones. Si alguna patrulla hubiese visto á aquellos encapirotados, así se habría guardado

de acercárseles, como de tocar con los muertos, tal era la veneración que los penitentes infundían. Y como entonces no debía ser aún muy conocido el dicho de que detrás de la cruz está el diablo, los Satanases que se amparaban tras aquellas cruces, podían hacer impunemente de las suyas.

Los dos Nazarenos que acababan de trepar á la azotea del palacio, llevaban dos cuerdas largas, gruesas y fuertes, que remataban en unos ganchos de hierro de la misma forma de los anzuelos que sirven para pescar. Llevaban también dos garruchas, una linterna sorda y dos barretas no muy grandes. Subieron sobre una bovedita, hasta llegar á una torrecilla que tenía cuatro ventanas, como de media vara de alto y una cuarta de ancho; y luego que la hubieron reconocido, más por el tacto que por la vista, dijo uno de ellos en voz baja :

— Aquí es.

— Pienso que sí, señor D. Silvestre, contestó el otro en el mismo tono.

— Pues manos á la obra, añadió Alarcón, y procura hacer el menor ruido posible; aunque con esta endiablada noche, creo que no se oiría ruido alguno, aun cuando echásemos abajo el palacio.

Diciendo esto, el cajero mayor y el mayordomo de D. Diego de Padilla, pues él era el otro Nazareno, comenzaron á dar de barretazos entre una y otra ventanilla. Tenían á su favor la circunstancia de que el cimborrillo había quedado bastante ajado con los últimos temblores, y así la operación se les facilitaba mucho. Trabajando los dos con empeño, á eso de las doce habían echado abajo la pared, y comunicadas las dos ventanas quedaba un trecho suficiente para que pasase por él una persona con holgura.

— Hemos concluído, dijo D. Silvestre; dame la linterna y las garruchas.

Dióselas el otro, y habiendo asegurado fuertemente las dos

garruchas contra las otras dos ventanillas, corrió la tapa de hojalata que cubría la luz, enganchó el farolillo en el garfio atado á la extremidad de una de las cuerdas, lo introdujo por el boquerón abierto y lo hizo bajar hasta el suelo del cuarto á donde caía la torre. Hecho esto, Alarcón dijo á su compañero, asomando la cabeza por la tronera :

— Ahí está, le veo perfectamente ; duerme. Acércate, echa la otra cuerda. Vamos á pescarle.

Don Dieguillo, pues á él era á quien se trataba de pescar, dormía efectivamente, rendido por la fatiga y por dos noches de insomnio. No había sentido la operación que fué preciso hacer para salvarle. Á una vara del sitio donde estaba tendido el descoyuntado bufón, se veía el montón de ripio que había caído al derribar la pared.

— Procura coger con el gancho una de las gazas del cordel que tiene bajo los brazos, dijo D. Silvestre ; y cuando le hayas levantado, yo cogeré la otra. Hízolo así el mayordomo y al fin pudo enganchar la gaza con el garfio. Entonces á favor de la garrucha donde estaba colocado el cordel, levantó la inerte y pesada mole del bufón, que de pronto no despertó, tan profundo era su sueño. Don Silvestre vió perfectamente la otra gaza y logró cogerla con el otro gancho. Comenzaron á izar á D. Dieguillo, que, cuando estaba ya á media vara del suelo, despertó sobresaltado, sintiendo aquel extraño movimiento.

— ¡ El tormento, el tormento ! gritó el anciano aturdido ; otra vez esa maldita máquina y sus cuerdas que me despedazan las carnes !

El desgraciado lloraba de terror y espanto. Pero pronto hubo de convencerse de que no estaba en el aparato ; y al advertir que le iban levantando hacia la bóveda, subió de punto el miedo que se había apoderado de él y clamaba con toda la corte celestial. Alarcón y el mayordomo, que estaban seguros de que aquellos gritos no podían ser escuchados, continuaban subiéndole sin hacer caso de sus clamores. La pieza era poco

elevada y no tardó mucho D. Dieguillo en llegar al boqueron. Cuando asomó la cabeza y vió las dos extrañas figuras que le habían levantado á aquella altura, no pudiendo reconocerlas en la oscuridad, creyó que eran los diablos y lanzó gritos más desaforados.

— Callad, ¡vive Dios! dijo D. Silvestre, ó lo perdemos todo. Soy yo, reconocedme, soy Alarcón y vengo á salvaros.

— ¿Sois vos, caballero? ¿no es Lucifer que viene con sus satélites á llevarme al fuego eterno?

— Salid, dijo Alarcón, sacando al anciano con ayuda del mayordomo, y tendiéndolo sobre la bóveda.

Más seguro ya, D. Dieguillo exclamó :

— Dios os pague esta grandísima caridad, señor don Silvestre de mi alma, y se echó á llorar como un chiquillo.

— Dejad todo eso para después, contestó el cajero; que ahora lo que importa es concluir lo comenzado. Bajad á la azotea, mientras yo saco la linterna.

— ¿Qué tengo de bajar, triste de mí, dijo el anciano, si estoy tal que no puedo moverme?

— Es verdad, contestó Alarcón; y dirigiéndose á su compañero, agregó :

— Habrá que bajarle en peso.

— Don Silvestre volvió á echar la cuerda y subió la linterna. En seguida, tomaron al bufón entre los dos, le bajaron de la bóveda y le condujeron por la azotea hasta el punto por donde habían subido. Hicieron una señal á los de abajo y éstos volvieron á colocar la escala.

El cojero y el mayordomo discutieron entonces si convendría bajar á D. Dieguillo por la escala, ó por medio de las mismas cuerdas que sirvieron para sacarle de la prisión; y al fin resolvieron valerse del segundo medio, considerando difícil y peligroso el primero. Ocurrióle al mayordomo servirse de la misma torrecilla, que estaba poco distante, como punto de apoyo, y pasando la cuerda en derredor de ella, atado D. Dieguillo al

otro extremo, le fueron dejando caer poco á poco, hasta que llegó sano y salvo al piso de la calle. Alarcón y el mayordomo recogieron en seguida barretas, cuerdas, linterna y garruchas, y bajaron por la escala. Otros dos Nazarenos tomaron á D. Dieguillo y fueron caminando con él, en el mayor silencio. D. Silvestre y el mayordomo, con los demás los seguían de cerca.

Dirigiéronse á un barrio lejano, llegaron á una casa grande, de dos pisos y de buena apariencia, cuya puerta estaba abierta; entraron todos y se encaminaron á una de las piezas del piso bajo, donde había una cama con colchones, en la que colocaron al anciano. Hecho esto, se retiraron sin decir palabra y Don Silvestre cerró la puerta con llave, dejando al bufón estupefacto al ver que se le había sacado con tanto trabajo y riesgo de una prisión, para ponerle en otra.

Dejémosle ahí, aunque privado de libertad, cómodamente acostado y sin temor de que se le volviese á someter á aquel infernal tormento, y digamos la sensación que causó en el palacio la desaparición de D. Dieguillo.

Al siguiente día muy temprano el paje de D. Enrique, cumpliendo con las órdenes de su amo, fué á llevar algún alimento al prisionero, para lo cual pidió la llave de la cárcel al Adelantado. El joven, sin saber lo sucedido, pues se recordará que Alarcón no le había confiado lo que se proponía hacer, se fué á la prisión con los alimentos; pero ¡cuál no sería su sorpresa, al encontrarse con que no estaba D. Dieguillo! Al momento advirtió la operación hecha en la torrecilla y comprendió que aquella era obra de D. Silvestre; convicción que cuidó de guardarse en lo más íntimo de su pecho. Corrió á avisar á Don Enrique, á quien parecía imposible que el bufón, en el estado en que se hallaba, hubiese logrado escaparse. Acudió á la cárcel, y al ver que no había la menor duda de la fuga del prisionero, se mordía los puños de rabia. Subió á la azotea, lo recorrió todo, y lo único que pudo sacar en limpio fué que D. Die-

guillo había sido sacado por el boquerón abierto en la torre ; pero cómo y por quién, era imposible adivinarlo. Hizo llamar á la servidumbre de palacio, interrogó, amenazó ; todo fué en vano ; nadie había oído nada, nadie sabía una palabra de lo sucedido. El Adelantado juró no parar hasta descubrir á los autores de aquel atentado y descargar sobre ellos todo su furor. Las gentes de palacio y aun muchas personas de la ciudad, entre quienes corrió misteriosamente el rumor de tan extraña aventura, cortaron la dificultad y declararon *némine discrepante*, que el diablo se había llevado en cuerpo y alma á D. Dieguillo.

CAPÍTULO XXIII

Palomeque y Macao.

En los últimos capítulos hemos perdido de vista á nuestro antiguo amigo D. Juan de Palomeque y Vargas, lo cual nos ha sucedido también respecto á otros personajes principales de esta historia. Siendo ya algo crecido el número de los que nos ha sido preciso poner en escena, nos vemos obligados á ir ocupándonos en unos y otros alternativamente, sin prescindir de ninguno de ellos, aun cuando parezca algunas veces que los echamos en olvido.

Desesperado el bueno de D. Juan con sus pérdidas al lansquenete en los juegos de palacio, había resuelto marcharse de la capital y permanecer algún tiempo en una de sus haciendas, para no volver á caer en la tentación, al menos mientras cambiaba un poco la voluble fortuna, que estaba mostrándosele tan desfavorable.

Hacia, pues, cosa de dos meses que Palomeque se hallaba en su hacienda llamada la Soledad, una de las más hermosas y productivas que poseía, aunque era únicamente de crianza de ganado. En el momento que hemos escogido para que vuelva á figurar aquel caballero en nuestra narración, encontrábase en la casita de la finca, tendido largo á largo en una ancha y fuerte hamaca de junco, á eso de las once de la mañana. Don Juan escuchaba la lectura que hacía su administrador, Gonzalo Méndez, de varias cartas que en aquel momento llegaban de

Guatemala. El hidalgo no prestaba mucha atención á aquellas epístolas, porque la mayor parte eran de poca importancia para él. En una de tantas, un mayordomo de monjas solicitaba limosna para una festividad, lo que arrancó á D. Juan una interjección enérgica, y agregó :

— Que vayan al diablo esos pedigüenos. Las monjas son más ricas que yo. Creen que uno está nadando en oro; y Dios sabe lo que cuesta ganar un maravedí. Á ver otra carta.

— El hermano Pedro Betancourt, dijo Gonzalo, os pide un auxilio para el hospital que está estableciendo en la casita que fué de María Esquivel.

— Otro que tal, gritó frenético D. Juan; ¿pues no tienen ya esos pícaros enfermos el hospital real de Santiago para españoles, y el de San Alejo para indios? ¿Para qué quieren más?

— Es para convalecientes, dijo el administrador.

— ¡Para convalecientes! ¡para convalecientes! replicó Palomeque; que vayan á convalecer al otro mundo, y así ellos se ahorrarán penas y á mí me evitarán molestias. Contéstale á ese hermano Pablo ó Pedro, ó como se llame, que pida para él y para mí, que yo también soy enfermo.

— Una viuda pobre, dijo Gonzalo después de haber recorrido otra carta, que pide...

— Satanás cargue con las viudas pobres, que no se llevará nada ajeno, dijo Palomeque furioso. ¡Habrás visto desvergüenza! ¿Esas gentes me han tomado por algún tonto? ¿Por qué no van á pedir al Conde de Santiago, á su hijo y á ese bribón de D. Tomás de Carranza que han ganado cerca de veinte mil pesos desde Pascua hasta ahora poco?

— Á propósito de D. Tomás, observó el administrador, ved aquí una carta de vuestro amigo D. Pedro Criado de Castilla, que contiene una grave noticia.

— ¿Y qué dice? preguntó Palomeque. ¿Se ha muerto Don Tomás y dejó encargado en su testamento que devuelvan lo que me ha ganado al juego?

—No, señor, contestó Gonzalo, no se ha muerto; pero se encuentra amenazado de desembolsar ciento sesenta mil pesos.

— ¡Cáspita! exclamó Palomeque; ¡eso es peor que la muerte! Y qué, ¿tanto ha perdido al lansquenete D. Tomás desde que yo me vine? ¿Quién le ha ganado? ¡Que no haya sido yo!

—Carranza no ha perdido al juego esa suma, respondió el administrador; es que la casa de Padilla le ha puesto pleito por la herencia de Balmaseda.

— ¡Por la herencia de Balmaseda! dijo el ciego admirado; pero todo eso estaba concluído hace á lo menos veinte años, con el nacimiento de ese espadachín de D. César.

—Pues ahí está precisamente el busilis, contestó Gonzalo. Don Pedro explica en esta carta que hay datos positivos de que D. César no es tal hijo de D. Tomás y de su esposa. Agrega que se han tomado ya algunas declaraciones, entre ellas la de una esclava de Carranza, que crió durante seis meses ocultamente á un niño que se cree era el mismo Don César y que había nacido antes de que se verificase el supuesto parto de la esposa de D. Tomás.

Palomeque permaneció un gran rato pensativo, como si las últimas palabras del administrador hubiesen despertado en su alma algunos recuerdos dolorosos. Luego dijo, como hablando consigo mismo :

— ¡Veinte años ya! De la edad de ese rapaz sería ahora, si no me hubiera sido arrebatado. Yo tendría hoy quien dulcificara mi existencia, y vería venir la muerte con tranquilidad, seguro de que el fruto de mi trabajo no pasaría á manos extrañas.

Una lágrima se desprendió de la muerta y empañada pupila de D. Juan y fué bajando lentamente por su arrugada mejilla.

Gonzalo se puso pálido y se estremeció, como si la observación hecha por su amo á media voz y de la cual no había per-

dido una sola palabra, hubiese ido á dar origen en su espíritu á una sospecha vaga. Procuró dominar aquella impresión, y en el tono más afectuoso que le fué posible, dijo á su señor :

— Desechad esas ideas melancólicas ; aquel desgraciado fruto de un amor adulterino debe haber muerto, como os lo he dicho tantas veces. Pensad en vuestros bienes que reclaman toda vuestra atención ; yo no omito medio para haceros agradable la existencia, sin más interés que el de servirlos, pues os veo como á un padre ; y en cuanto á lo que ha de ser de vuestras cosas cuando Dios quiera llamaros á sí, hay tiempo para pensar en ello.

— Es verdad, Gonzalo, dijo Palomeque suspirando ; es verdad que haces conmigo los oficios de un hijo tierno y afectuoso ; y por eso, como ya te lo he dicho mil veces, serás, cuando yo muera, absoluto dueño de cuanto poseo. No tengo parientes, no quiero fomentar la ociosidad dejando cosa alguna á los pobres ; tú me has ayudado á acrecentar mi fortuna ; es justo que yo remunere tus servicios cuando haga mi testamento.

— ¿ Y cuándo será eso ? dijo Gonzalo en voz baja.

— Y á propósito de los bienes, dijo Palomeque, ¿ se sabe al fin el número de cabezas que hay en esta hacienda ?

— Sí, señor, contestó el administrador : se han contado á la puerta del corral cuatro mil ochocientas sesenta y cinco reses ; y además tenemos mucho ganado cimarrón.

— ¿ Sólo eso ? exclamó D. Juan admirado : pues el año pasado subían de cinco mil.

— Es verdad, dijo el administrador ; pero la mortandad ha sido grande, y luego el tigre ha hecho y continúa haciendo muchísimo perjuicio al ganado.

— ¡ El tigre, el tigre ! contestó Palomeque, montando en cólera ; siempre salen con el tigre. ¿ Y por qué no lo matan ?

— No es fácil, señor. ¿ No os he dado ya cuenta de que ha devorado tres de los vaqueros más atrevidos que han hecho el

ánimo, mediante la recompensa que se les ofreció, de salir á cazarlo?

—Pues que salgan otros tres, dijo el caballero, y si se los come, buen provecho le hagan; que vayan otros, hasta que haya uno que me traiga el cuero y le daré diez pesos.

— Se hará como lo mandáis, dijo el administrador; aunque temo que con lo que ha sucedido, es muy difícil que haya quien se atreva á ir á cazar al tigre.

— ¡Pues que vayan por bien ó á palos; gritó Palomeque frenético! ¡Cobardes! añadió; como si su miserable vida importara algo, así la cuidan estos perros.

Cuando acababa D. Juan de pronunciar aquellas palabras, se oyó en el patio de la hacienda un gran rumor que formaban las voces de muchos hombres que se acercaban, conduciendo á un individuo fuertemente atado.

— Ve que es ese alboroto, dijo Palomeque á su administrador.

Salió Gonzalo al corredor y vió á los que daban las voces, que se aproximaban á la casa. Entre el grupo que formaban aquéllos, distinguió al hombre á quien llevaban preso, y habiéndole reconocido, gritó el administrador:

— ¡Macao! Por Dios que no me engaño; al fin ha caído este perverso.

Inmediatamente volvió á entrar á la pieza donde estaba Don Juan, y le dijo:

— Albricias, señor amo; buena presa tenemos; ese rumor que habéis oído, lo forman unos cuantos que traen á Macao.

Palomeque saltó de la hamaca y se reflejó en su frente la alegría feroz que aquella noticia excitaba en su corazón desapiadado.

— Al fin le tengo en mi poder, dijo el rencoroso caballero, y ahora va á pagármelas todas juntas.

Diciendo esto, salió al corredor donde estaba ya el negro, que no había perdido en aquel lance su tranquilidad habitual.

El que hacía de jefe de los que conducían al fugitivo, entregó un papel á Palomeque, y éste lo pasó á Gonzalo para que lo leyese. Era una carta del alcalde de Esquipulas en que refería todo el trabajo que había sido preciso emplear para dar caza al negro, que andaba vagando por las montañas. Diez hombres bien armados anduvieron en la persecución, y al fin lograron atraparle, medio muerto de hambre y de cansancio.

Don Juan despidió á los conductores del negro, recompensando harto mezquinamente áquel servicio, y en seguida mandó que le asegurasen en el cepo, mientras ponían al fuego, dijo, la paila de aceite y cortaban un haz de treinta ó cuarenta varas. Gonzalo fué á ejecutar aquellas disposiciones, y D. Juan volvió á tenderse en la hamaca.

Media hora después llegó el administrador á avisar al amo que el aceite estaba ya hirviendo y todo lo demás listo. Palomeque se levantó y se salió al corredor, apoyado en el brazo de Gonzalo.

—Que le traigan, dijo, y que le amarren al *bramadero*.

Macao fué conducido al patio y colocado junto al poste. Dos hombres pusieron á los pies del infeliz esclavo un haz de varas vigorosas y flexibles, y otros dos llevaban la paila con el aceite hirviendo, que debía derramarse en las heridas que le abrirían los azotes. Palomeque hizo sacar una silla al corredor, para darse el placer de oír los lamentos que el castigo arrancaría á aquel miserable, ya que la falta del órgano de la vista no le permitía gozar con el espectáculo de la sangre que iba á ser profusamente derramada.

Antes de que atasen al esclavo al bramadero, D. Juan le hizo llevar á su presencia y le dijo:

—¿Quién disparó el tiro cuando yo comenzaba á subir la cuesta, saliendo de Esquipulas?

—Yo, contestó Macao.

—¿Tú? dijo D. Juan poniéndose pálido de ira. ¿Y cuál era tu intención?

— Mataros, respondió el negro.

— ¿Y te has arrepentido de aquel crimen?

— Jamás; lo que siento es haber errado el golpe.

— ¿Lo oís? gritó el caballero á los que estaban presentes ; y dirigiéndose de nuevo al esclavo, dijo :

— ¿Sabes cuál es el castigo que voy á darte ?

El esclavo alzó los hombros en señal de desprecio y contestó :

— Sé que me vais á matar á palos ; pero no me importa. Aborrezco la vida y recibiré con gusto la muerte, que me librará de vos.

— Bien está, dijo temblando de cólera D. Juan, á quien aquella resolución irritaba aun más ; tendrás lo que deseas. Llevadle.

— ¿Hasta cuándo se le dejará de azotar ? preguntó Gonzalo.

— Hasta que se concluya el haz de varas que he mandado traer, respondió Palomeque.

— ¿Y si muere? dijo el administrador.

— Que muera, respondió el caballero. ¿No ha confesado que quiso hacer lo mismo conmigo y que lo único que siente es haber errado el tiro ? Azotadle hasta que caiga hecho pedazos.

— El administrador hizo conducir al esclavo, á quien ataron fuertemente al bramadero, é iba ya á darse principio á la sangrienta y atroz operación, cuando Palomeque se puso en pie, como si le hubiese asaltado alguna idea y dijo :

— Desatad á ese animal feroz y traédmele acá.

Ejecutóse la orden inmediatamente, y habiendo llegado Macao al corredor, dijo D. Juan :

— He resuelto tratarte con misericordia, para hacerte ver que los sentimientos de un hidalgo no son como los de un miserable esclavo. ¿Quieres librarte del castigo que tienes merecido por haber procurado asesinarme?

Macao, al escuchar aquellas palabras, dudaba si era verdad que las oía, ó si soñaba ; pues jamás había visto á Palomeque

retroceder, una vez que había tomado una resolución de aquella especie.

— Si usáis conmigo de clemencia, dijo el negro, bendeciré á Dios y besaré agradecido vuestra mano.

— No se trata de eso, contestó Palomeque, sino de que te sometás á la condición que voy á imponerte.

— Decid, señor, respondió el negro.

— Si quieres salvar tu vida, replicó el caballero, se te presenta un solo medio. Hay en la vecina montaña un tigre que destruye mis ganados y que nadie se atreve á coger, porque ha devorado ya á tres miserables de tus compañeros. ¿Quieres ir á darle caza? Si me traes el cuero de esa bestia feroz, te perdono lo del tiro.

Macao reflexionó un momento, y luego dijo :

— Ya me espantaba yo de que os mostraseis misericordioso. Pero no importa, acepto la condición. Iré á cazar el tigre.

— Cuenta, dijo Palomeque, si vuelves sin él, porque no admito excusa de ninguna clase. Ó te devora, ó lo matas.

— Convenido, señor, dijo el desdichado ; ó seré pasto de la fiera, ú os la traeré sin vida.

— Desatadle, dijo Palomeque ; y volviéndose al administrador, añadió :

— Dale un arcabuz, un machete y un cuchillo y que se vaya.

Gonzalo, estupefacto con aquella escena, en que la fría crueldad del amo contrastaba con la resolución firme y tranquila del esclavo, fué á traer las tres armas y las puso en manos de Macao, quien sin pronunciar una palabra más, atravesó lentamente el patio de la hacienda, con su arcabuz al hombro, siguió por la llanura y al rato se perdió de vista en la montaña.

CAPÍTULO XXIV

La caza del tigre.

Á medida que Macao iba alejándose de las casas de la hacienda, se internaba más y más en una espesa selva, que presentaba ese aspecto sombrío y al mismo tiempo espléndido que se observa en nuestras tierras vírgenes. Encinas gigantes y corpulentas entrelazaban sus añosas ramas, que apenas dejaban penetrar los rayos del sol, por entre las hojas empapadas todavía con el agua de lluvia que había caído durante toda la noche anterior. Parásitas de varios colores y otras plantas enredaderas de formas caprichosas vestían los fornidos troncos, ó pendientes del ramaje, se balanceaban en magníficos colgantes al leve impulso de la brisa. Veíanse por todas partes grandes festones de pardusco *parte*, que descendían de los árboles, dando á la selva un no sé qué de solemne y melancólico que ni la pluma ni el pincel alcanzan á reproducir. Á lo lejos, coronando una eminencia, divisábanse los cedros y los pinos, cuyas hojas heridas por el viento, lanzaban sonidos estridentes, como si fuesen quejidos dolorosos de los habitantes invisibles de aquellos bosques seculares. Tal vez se levantaba en medio de aquella vegetación exuberante el desnudo esqueleto de un elevado pino quemado por los rayos del sol. Quizá un encino, hendido algunos días antes por el hacha del leñador, se desplomaba con estrépito y ahuyentaba á las aves que anidaban en la espesura del follaje, y aquel ruido estentóreo,

apagando el armonioso canto del zenzontle, el dulce arrullo de la *gallina montés* y el penetrante y melancólico chirrido del incansable *chiquirin*, iba á confundirse con el bramido del torrente, que se desplomaba á poca distancia de una en otra roca.

Indiferente al espectáculo grandioso que le rodeaba, insensible á las maravillas de aquella naturaleza agreste, atravesaba Macao lentamente la montaña y se internaba más y más, seguro de que el feroz enemigo con quien iba á combatir, debía estar aún distante de un sitio como aquel, que no se hallaba lejos de las casas. Continuó, pues, marchando á la ventura, y cuando hubo andado cerca de una legua, le pareció escuchar algún rumor entre el espeso matorral que cubría el suelo por todas partes. Puso oído atento, y pronto pudo convencerse de que no se había engañado. Entre la verdura del follaje vió, á unos cincuenta pasos, que se destacaban el negro y el amarillo de la piel de un tigre. El esclavo se preparó al combate, que sabía muy bien había de ser mortal. Limpió el terreno donde iba á verificarse la lucha, apartando los troncos y la maleza, á fin de que nada pudiese estorbarle la libertad de los movimientos, y tomadas aquellas precauciones, se colocó tras un árbol, en cuyo tronco apoyó, para mayor seguridad, el cañón del arcabuz.

El tigre, luego que descubrió al negro, fué avanzando, poco á poco, hacia el punto donde éste se encontraba, sin desprenderle la mirada y mostrando de tiempo en tiempo sus dientes aguzados. Luego que la fiera estuvo á unos diez pasos de distancia, Macao amortilló el arma, apuntó al tigre entre los dos ojos, tiró del gatillo y salió silbando la bala. Quiso la desgracia que en el momento mismo en que partía el tiro, dió la fiera un salto para lanzarse sobre su presa, y aquel movimiento hizo que, en vez de entrar la bala por en medio de la frente, penetrase por el pecho. El tigre vaciló, quedóse por un momento sentado sobre los pies, pero luego se incorporó y lanzó un rugido que repitieron los ecos de la selva solitaria. Macao en-

tonces comprendió que tenía que disponerse á un combate cuerpo á cuerpo. Salióse al descampado y se preparó á recibir á la fiera con el machete. El tigre, aunque debilitado por la herida, de donde corría la sangre á borbotones, se acercaba al negro, que lo aguardaba impávido. Hizo el animal un esfuerzo y lanzóse sobre el hombre, que lo recibió levantando el machete y descargándolo con toda la fuerza de que era capaz. El hierro se hundió en el cráneo del tigre, abriendo una profunda herida. Pero ya la fiera había podido clavar una de sus garras en la pierna derecha del esclavo y con la otra le alcanzó el pecho, aunque ligeramente. Lanzó el tigre un segundo y más espantoso rugido y se arrojó de nuevo sobre Macao, que se abrazó con la fiera. La lucha en aquel momento fué terrible. Aunque sin fuerzas ya, el tigre volvió á clavar su garra en el pecho de Macao, abriéndole otra herida. El negro desprendió con ligereza el cuchillo del ceñidor, lo hundió dos ó tres veces en el cuerpo del tigre; hizo éste un postrer esfuerzo, aproximó los dientes á la garganta del hombre; se desasíó éste de la fiera y retrocedió dos pasos. El tigre cayó sin vida á los pies del esclavo.

Macao estaba fatigado. Sentóse á descansar un momento junto al tigre; cortó una tira de su camisa é hizo unas vendas con las que se ligó la pierna y el pecho, de donde corría la sangre. Limpió el machete y el cuchillo con las hojas de una planta, y poniéndose en pie, se dispuso á conducir su presa. Llevaba á prevención una fuerte cuerda; la ató al cuello del tigre y lo llevó arrastrando, no sin dificultad, por ser la fiera bastante corpulenta. Debilitado por la falta de sangre, pues las heridas continuaban arrojándola, Macao se vió obligado á detenerse dos ó tres veces para tomar aliento y volver á continuar su marcha. Al fin, á eso de las seis de la tarde, entraba al patio de la hacienda, con el tigre, seguido de una porción de gente de la misma finca que había ido reuniéndosele y manifestaba con gritos la admiración que le causaba aquella hazaña.

Al oír el rumor, Gonzalo Méndez salió á informarse de lo que lo ocasionaba y se quedó asombrado cuando vió á Macao volver vivo y arrastrando el cadáver del tigre. Entró á dar cuenta á su amo, que se admiró también, pues creía seguro que el tigre devoraría al negro, y más diremos, casi lo deseaba; pues la fría resolución de Macao había llegado á confundirle un verdadero miedo.

— ¿Conque ha logrado matarlo? dijo Palomeque.

— Sí, señor, contestó Gonzalo, ha traído arrastrando el cadáver de la fiera con un balazo en el pecho, una herida en la cabeza y tres ó cuatro más en la caja del cuerpo.

— ¿Es decir, replicó D. Juan, que ese perro me ha echado á perder el cuero que pensaba yo adobar para colocarlo al pie de mi cama?

— Creo que efectivamente la piel no quedará entera, contestó el administrador.

— Pues eso reduce casi á nada el poco mérito que podía tener la acción de ese miserable, replicó el hidalgo, que buscaba evidentemente algún pretexto, por frívolo que fuese, para no dejar en libertad al esclavo, á quien temía. Dile, Gonzalo, que un caballero como yo, no falta jamás á su palabra; que habiendo muerto al tigre, está libre de los azotes y del aceite hirviendo; pero que por no haber cuidado de que la piel de la fiera se conservase intacta, como era su deber, irá al cepo. Ve que lo conduzcan y lo aseguren bien, si es necesario con cadenas, porque el que ha hecho eso con un tigre, ¿qué no no podrá hacer con un cristiano?

El administrador salió á cumplir las órdenes del amo. Cuando llegó al patio, encontró que Macao, rendido por la fatiga y la debilidad por la pérdida de la sangre, había perdido el conocimiento y yacía tendido junto al cadáver del tigre.

— Atadle, dijo el administrador.

Las gentes de la hacienda se veían unas á otras sin com-

prender á quién se refería D. Gonzalo, pues se les hacía duro creer que se tratase del esclavo.

— Atadle, replicó Gonzalo.

Entonces uno de los que se hallaban más inmediatos, tomó la cuerda con que el esclavo había llevado amarrado el cadáver de la fiera y fué á amarrar al tigre, interpretando así la orden del administrador.

— ¿Qué haces tú, bellaco? gritó Gonzalo, arrebatando el cordel. Al negro, digo, y llevadle al cepo, que así lo manda el amo.

Al oír que era orden del amo, toda aquella gente infeliz, habituada á la más abyeeta servidumbre, inclinó la cabeza y obedeció sin replicar. El valeroso negro fué atado como una bestia feroz, y cuando volvió en sí, estaba ya completamente atado de pies y manos.

— ¿Qué es esto, señor? preguntó á Gonzalo asombrado. ¿Así cumple el amo lo que ofrece?

— El amo, contestó el administrador, no falta jamás á su palabra. Te perdona los azotes y el aceite hirviendo, por haber cazado al tigre; pero vas al cepo, porque echaste á perder la piel del animal.

Una sonrisa feroz contrajo de una manera horrorosa las facciones de Macao, y dirigiéndose al administrador dijo:

— Decidle al amo que no olvidaré la lección; que yo mataré otro tigre y que puede estar seguro de que no le lastimaré el cuero.

El esclavo fué conducido á la prisión y quedó asegurado en el cepo.

CAPÍTULO XXV

La bóveda de plata.

Un inmenso gentío se agolpaba el día 30 de Agosto, á las ocho de la mañana, en las calles inmediatas á la iglesia de San Francisco. Los coches que conducían á las señoras de los funcionarios principales se abrían paso con dificultad, entre el grupo de curiosos que, por no haberse anticipado á tomar sitio en el templo, completamente lleno, tenían que contentarse con ver pasar la cabalgada del Presidente y de los caballeros que iban á celebrar la fiesta de *la jura*.

El objeto de aquella festividad, que así llamaba la atención del pueblo, era el siguiente. Todos los caballeros que estaban condecorados con las órdenes de Santiago, de Alcántara y otras, convinieron en jurar defender *á capa y espada*, el misterio de la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora; y entre otras solemnidades y regocijos con que debía celebrarse aquella jura, dispusieron un novenario de misas en la iglesia de San Francisco. El último día, que era el principal de la función, tendría lugar la ceremonia, para lo cual estaba todo dispuesto con anticipación. El Conde de Santiago y los otros caballeros, con la real Audiencia, el ayuntamiento y demás cuerpos de la república, como entonces se decía, debían ir al templo, con lucidísimo acompañamiento de escuderos y pajes, según la categoría y circunstancias de cada uno.

Á las ocho y cuarto salió la cabalgada del real palacio,

abriendo la marcha un pelotón de dragones. En seguida iban los maceros del ayuntamiento, con sus vistosas gramallas de paño encarnado y sus mazas de plata, y luego los concejales, todos á caballo. El real y apostólico tribunal de la Santa Cruzada, con su estandarte, los oficiales reales, la Audiencia y los caballeros de hábito seguían á la ciudad, compitiendo sus individuos en lujo y en magnificencia. Á causa del objeto de la función, los caballeros iban armados de punta en blanco, y los seguían jóvenes deudos suyos, ú otros de la primera nobleza, que hacían de escuderos y conducían los escudos y las lanzas.

Cerraba aquella brillante comitiva el anciano presidente, fuerte y vigoroso al parecer, á pesar de sus sesenta y cinco años, manejando con destreza y garbo un brioso caballo alazán. Á su lado derecho cabalgaba el Adelantado de Filipinas y al izquierdo D. Rodrigo de Arias Maldonado, atención que se hizo á su rango y al empleo de gobernador de provincia y teniente de capitán general que acababa de desempeñar.

El conde llevaba como escudero á su nieto D. García de Altamirano; D. César de Carranza se ofreció á desempeñar aquellas honoríficas funciones, cerca de la persona de D. Rodrigo de Arias y el Adelantado puso los ojos para el caso en D. Fadrique de Guzmán, quien se prestó á servirle de buena voluntad.

Larga sería la descripción que tendríamos que hacer de las armaduras de los caballeros, jaeces de los bridones y lujosa comitiva de escuderos y pajes que cada uno llevaba, si hubiésemos de detenernos en estos objetos; pero dejamos á la imaginación del lector el cuidado de suplir la falta de nuestra descolorida descripción, y nos situaremos en la puerta de la iglesia, donde la comunidad de San Francisco estaba preparada para recibir y ofrecer el agua bendita al Presidente y su acompañamiento.

Á las nueve entraron en el templo, cuyo adorno merece, por lo extraordinario, alguna mención particular. Las paredes

estaban vistosamente tapizadas con colgaduras de damasco carmesí con franjas de oro, con grandes banderas que ostentaban los colores y las armas de Castilla y con escudos en que se veían ricamente esmaltadas las cruces de las órdenes. En medio del presbiterio se levantaba, adornado con profusión de flores, espejos y candeleros de plata, un trono, en cuya cúspide estaba colocada la estatua del apóstol Santiago.

Pero lo que llamaba particularmente la atención en aquella fiesta, era una novedad que estaba anunciada desde muchos días antes. Decíase que la bóveda del templo aparecería toda cubierta de plata, y fué así efectivamente, según vemos en la crónica de Ximénez. Con una multitud de azafates, platos y otras piezas de aquel metal, se había tapizado la bóveda, que parecía tan rica como resplandeciente. Aquellas buenas gentes tuvieron la candidez de pegar con brea los azafates, platos, etc., considerándolos tan firmes como si hubiesen estado asegurados con tornillos. ¿Cómo no había, pues, de concurrir el pueblo en masa, á San Francisco, si á lo curioso de la jura, se unía la gran novedad de la bóveda de plata?

El Presidente y los otros caballeros se colocaron cerca del presbiterio, y uno en pos de otro fueron acercándose al altar de Santiago, para prestar el juramento; lo que verificaban, puesta la mano derecha sobre los evangelios y la izquierda en la empuñadura de la espada. Concluído el acto, que duró más de una hora, la numerosa comunidad de San Francisco entonó, al compás de los graves acentos del órgano, el himno de San Ambrosio. Pero cuando se cantaba el segundo verso, ocurrió un accidente que fué á perturbar la solemnidad del acto. La brea con que estaban pegados los azafates y demás piezas de plata, se había derretido con el calor de la concurrencia que llenaba el templo y de las luces que ardían en número considerable y se desprendieron, viniendo abajo con estrépito. El trono del apóstol cayó y rodó la estatua un gran trecho. Todo fué confusión y gritos, especialmente entre las señoras que no

acertaban á comprender de pronto lo que sucedía, é imaginaban que se desplomaba el techo de la iglesia.

Doña Elvira de Lagasti, con otras damas principales, estaba próxima al presbiterio, arrodillada sobre un cojín de terciopelo. Dos grandes azafates se desprendieron del lugar de la bóveda que quedaba exactamente sobre la joven señora, que no tuvo tiempo de desviarse. Aquellas dos pesadas piezas de plata maciza le habrían hecho un daño considerable; pero dos caballeros ocurrieron á un mismo tiempo casi, con el objeto de evitar la desgracia. Llegó el primero D. García de Altamirano, inclinó la cabeza sobre la de su madrastra y recibió el azafate, que le dió tan fuerte golpe, que el joven cayó privado de conocimiento. Doña Elvira se puso pálida al ver caer á D. García; pero instantáneamente llamó la atención el otro caballero que había recibido sobre la frente el otro azafate, cuya orilla le abrió una profunda herida, de la cual corría la sangre con profusión. Era D. Rodrigo de Arias. Doña Elvira, al verle, no volvió á pensar en el hijo de su marido, que estaba tendido á sus pies, y lanzó un grito de dolor, cubriéndose el rostro con ambas manos. Aquella escena no pasó desapercibida del Adelantado, que se puso encendido de ira y dirigió á su esposa una mirada que revelaba la terrible sospecha que el incidente hacía brotar en su espíritu. Don César de Carranza estaba junto á D. Rodrigo y restañaba con un pañizuelo de holán la sangre que corría de la herida. El joven Altamirano, que no había tenido más que un ligero desvanecimiento, producido por el fuerte sacudimiento que sufrió el cerebro, volvió en sí y se puso en pie, á tiempo para ver todavía que Doña Elvira sin fijar su atención en él, tenía clavados los ojos, con la expresión de la más viva ansiedad, en D. Rodrigo de Arias. Aquello fué más doloroso al joven que el golpe material que acababa de recibir. Inclinó la cabeza sobre el pecho y una lágrima corrió por su pálida mejilla.

Don Fadrique de Guzmán, que había corrido á refugiarse

bajo el púlpito, pudo observar todo lo ocurrido entre Doña Elvira, D. Rodrigo y D. García, sin que se escapase á su malignidad la impresión que aquella escena había hecho al Adelantado.

— Es cierto, pues, lo que yo sospechaba, dijo en voz baja D. Fadrique; pero la casualidad parece que ha venido al fin á comenzar á abrir los ojos del crédulo marido. Veremos lo que resulta.

La función no pudo ya concluir, retirándose el Presidente y los caballeros bastante mohinos con aquel accidente que fué á interrumpir la fiesta de la jura de una manera tan inesperada. Vueltos al palacio donde el Conde había hecho preparar un espléndido refresco, se sirvió éste, no obstante lo ocurrido, y porque en realidad, tanto la contusión de D. García como la herida de D. Rodrigo, no eran en manera alguna graves. Pasada la primera impresión de susto que causó la caída de aquel improvisado y mal asegurado techo de plata, comenzaron á hacerse comentarios del suceso y á referirse lances acaecidos á cada uno de los concurrentes. Verdaderamente, lo único algo grave había sido lo de los dos jóvenes señores que acudieron á evitar el golpe de Doña Elvira, pues los demás fácilmente lograron ponerse en guardia. Así, poco á poco fué convirtiéndose el incidente en objeto de chanzas y cada cual tuvo que decir sobre el particular.

— En fin, señora, dijo D. Fadrique, dirigiéndose á Doña Elvira, resulta que vos habéis sido la única que ha tenido un motivo algo serio de desagrado con la caída de la bóveda de plata.

— Efectivamente, contestó Doña Elvira, tuve mucha pena al ver que D. García y el señor de Arias sufrieron por mi causa; si bien, gracias á Dios, el mal no fué tan serio como al principio lo habíamos temido todos.

— Yo creí, replicó el maligno D. Fadrique, con fingida sencillez, que no habíais reparado en el golpe que sufrió mi amigo.

La joven señora se puso encendida al oír aquella perversa observación, y se preparaba á contestar, cuando fijó los ojos en el Adelantado, observó en su rostro una expresión tal, que no pudo menos que estremecerse y no se atrevió á articular una sola palabra. Pero D. Rodrigo se encargó de responder á aquel ataque desleal y dijo á D. Fadrique :

— Vos no podéis decir nada, caballero, sobre lo que ocurrió ó no ocurrió en aquel momento; pues acaban de decirme que anduvisteis tan precavido, que desde que comen zaron á caer las primeras piezas de plata, fuisteis á esconderos debajo del púlpito, atendiendo únicamente á la seguridad de vuestra interesante persona y dejando á los otros el cuidado de las demás y el del caballero á quien ibais sirviendo.

Una carcajada general acogió aquella durísima invectiva, hecha en un tono que mostraba perfectamente que el que la dirigía estaba dispuesto á arrostrar sus consecuencias. El cobarde D. Fadrique se mordió los labios casi hasta hacer brotar la sangre; pero no se atrevió á decir una sola palabra. Doña Elvira estaba vengada; pero ¡ay! D. Rodrigo no podía calcular, en el candor de su corazón noble y leal, cuánto era el veneno que guardaba en sus entrañas la vibora á quien acababa de poner el pie. Guzmán era cumplidísimo para la cancelación de ciertas deudas, y en aquel momento juró en su interior, que pagaría á D. Rodrigo, aun cuando fuese tarde, con usura.

Terminó el refresco á eso de las dos, retirándose señoras y caballeros, discuriendo sobre el acontecimiento más notable del día. Él dejó una impresión profunda, pero harto diferente, en algunos de los principales personajes de nuestra historia : en D. Rodrigo, la de que era más y más amado cada día; en Doña Elvira, la de que el estado de su corazón no era ya enteramente un secreto para su esposo; en D. Enrique, la sospecha cruel y punzadora de que se le traicionaba; en D. Fadrique,

el odio y el despecho, y en D. García la sombría desesperación que experimenta el que, enamorado ardientemente, adquiere una prueba irrecusable de que su afecto no es correspondido y de que un rival afortunado posee el corazón de la que él ama.

CAPÍTULO XXVI

El convento.

Dos meses habían transcurrido ya después de la jura de los caballeros, terminada de la manera tragi-cómica de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior. El pleito entablado en nombre de D. Diego de Padilla para recobrar la herencia de Balmaseda, dirigido con habilidad por D. Silvestre Alarcón, había adelantado más de lo que era de esperarse. Recordarán nuestros lectores que D. Tomás de Carranza, luego que se decidió á arrostrar las consecuencias del litigio, lo primero que hizo fué despachar á su dependiente de confianza á la hacienda de Santa Catarina, para llevar á la ciudad á la esclava que había criado durante seis meses á D. César y conducir también al hijo de aquella mujer, á quien ésta podía haber impuesto de lo ocurrido. El encargado de aquella comisión salió inmediatamente; pero ya D. Silvestre se le había anticipado, yendo él mismo por la esclava y su hijo, bajo pretexto de que tenía orden del amo de conducirlos á la ciudad. Aquellos infelices fueron fácilmente engañados, como gente sencilla que era, y se prestaron á seguir á aquel caballero, que les llevaba avío y todo lo necesario para el viaje. Así, cuando llegó á la hacienda el dependiente de Carranza, la esclava, cuya declaración era tan importante, había sido ya presentada á la justicia y detenida, pues Alarcón tuvo el cuidado de hacer que se la sindicase de complicidad en el fraude.

Los jueces, entre los cuales no faltaban partidarios á Don Diego de Padilla, mostraban en aquel asunto inusitada actividad, y si bien aun no se había logrado presentar pruebas decisivas, las probabilidades parecían muy poco favorables á la parte de Carranza.

En esta situación se hallaban las cosas cuando ocurrieron en la familia de D. Diego dos acontecimientos notables, de que debemos dar noticia á nuestros lectores, por su enlace con los sucesos que forman el tejido de esta historia. El primero de esos hechos fué la muerte de la esposa de D. Diego, Doña Leonor de Mazariegos, que vivía hacía mucho tiempo enferma y retirada, como si algún pesar oculto acibarase su existencia. Las personas que comunicaban á aquella familia, habían observado el cambio verificado en el carácter y los hábitos de Doña Leonor, en los últimos veinte años, desde que D. Diego hizo un viaje que duró algún tiempo. Cuando regresó aquel caballero, pudo notar la profunda melancolía de su esposa y se alarmó al encontrar su salud tan deteriorada. Doña Leonor se encerró en la más absoluta reserva y jamás quiso confesar á D. Diego la causa de sus sufrimientos. Continuó arrastrando una existencia que parecía una prolongada expiación, y cuando al fin quiso Dios poner término á aquella vida miserable, murió pidiendo á su esposo que la perdonase, si acaso había alguna vez faltado á su deberes, lo que D. Diego no pudo comprender. La desgraciada señora se llevó al sepulcro su doloroso secreto, que el tiempo había de revelar al fin.

Doña Violante, profundamente conmovida con aquel suceso y más abrumada tal vez por el golpe terrible que sufriera, al ver confirmada, con el pleito promovido por su padre, la espantosa revelación del anónimo en que se le decía que D. César era un espurio, usurpador de los bienes de su familia, tras pasada de dolor, resolvió ir á encerrarse en un claustro, y esperar allí el resultado de aquel funesto litigio, de cuyo éxito dependía su esperanza de unirse alguna vez al hombre

á quien tan tiernamente amaba. Proponíase dirigir al cielo los más fervorosos votos para que D. César fuese al fin reconocido como hijo de D. Tomás de Carranza y de su esposa, aun cuando su casa se privase de los bienes de Balmaseda ; pues si bien se sentía con valor para amar al hijo del enemigo de su familia, hidalgo y llevando un nombre que realmente le pertenecía, no se encontraba con fuerzas para ser esposa de un desconocido, manchado seguramente con un origen vergonzoso. Para comprender esos sentimientos de la hija de Padilla, es necesario no olvidar las ideas de la época y considerar cuánta era la altivez de una familia como aquella á que Doña Violante pertenecía.

Sin dar, pues, aviso á su padre ni á su amante de la resolución extrema que se proponía tomar, Doña Violante, diez días después del fallecimiento de su madre, fué á encerrarse en el convento de la Concepción. Profunda fué la pena que causó á D. Diego aquel suceso ; pero le consolaba en parte la idea de que la joven podría ir olvidando, en aquel retiro, su inclinación á D. César, que tanto le desagradaba. Así, prestó á pocos días su consentimiento para que Doña Violante tomase el velo blanco de novicia.

La desesperación de D. César no conoció límites, cuando tuvo noticia de la desaparición de su amada y de que había ido á encerrarse en un convento. Fácilmente comprendió que aquel pleito funesto, que ponía en duda su origen y tenía suspendida sobre su frente la vergüenza y la ignominia, era la causa de la resolución extrema Doña Violante. Los proyectos más atrevidos cruzaron por la imaginación exaltada del joven, que no podía resignarse á aquella separación, que consideraba tan espantosa casi como la muerte.

Entretanto Doña Violante buscaba, como ya hemos dicho, un refugio contra las tempestades de su corazón, en el retiro y en la soledad del claustro. El monasterio de la Concepción, que eligió al efecto, daba en aquella época asilo á conside-

rable número de señoras nobles, que deseaban hacer vida contemplativa ; pero no se advertía en él, según podemos inferirlo de algunos escritos de aquel tiempo y por lo que refiere la tradición, ni la pobreza ni la austeridad de los monasterios actuales. En el espacioso y magnífico convento de la Concepción habitaban cerca de mil personas, entre religiosas, educandas, criadas y esclavas, y la incomunicación con el siglo no era tan rigurosa como es el día de hoy. Cuando tomó el hábito Doña Violante, ejercía en la comunidad el cargo importante de maestra de novicias la célebre Sor Juana de Maldonado, de quien da noticia el padre Gage, en el libro de sus viajes que hemos citado en otra parte. Doña Juana había recibido de su padre, que era uno de los oidores, una educación mucho más esmerada que la que por entonces obtenían las jóvenes en Guatemala. Á las habilidades propias de su sexo, reunía conocimientos literarios nada comunes y tenía una rara disposición para la poesía, que mostraba en las más ingeniosas improvisaciones. Como poseía bienes de fortuna considerables, vivía en el interior del monasterio con verdadero lujo, habiéndose hecho construir una casa, con cuartos y galerías, en la que no faltaba cosa alguna de las que pudiera apetecer una señora de su condición. Contiguo á la casa tenía un jardín, que asistían y cuidaban seis esclavas que estaban á su servicio. La pieza más curiosa de esa casa era la capilla, ricamente tapizada y adornada con cuadros traídos de Italia, obras de artistas célebres. El altar, colocado bajo un dosel de terciopelo y oro, estaba adornado con gran profusión de piedras preciosas y con candeleros y lámparas de plata. Veíanse también allí un órgano pequeño, una arpa y un salterio, instrumentos que Sor Juana tocaba con perfección, acompañándose con ellos cuando cantaba, lo cual hacía de una manera sorprendente. Tal fué la religiosa que tomó bajo su dirección á la joven Doña Violante. En aquella época Sor Juana contaba cuarenta y cuatro años ; pero en los conventos se envejece muy tarde, y así en aquella

edad, la célebre religiosa á quien llama Gage una de las nueve Musas, conservaba toda la frescura y la gracia de su segunda juventud.

No se ocultó á la penetración de la maestra de novicias que algún pesar desgarraba el corazón de Doña Violante. Procuró ganar su confianza, hizo que la joven habitase en su casa y poco á poco fué descubriendo el oculto dolor que la había obligado á ir á buscar la paz del ánimo en el santo asilo. La religiosa derramó el bálsamo del consuelo en aquella alma lacerada; habló á Doña Violante de las dichas de la vida como de sombras fugitivas, y le pintó con tan persuasiva elocuencia los goces de quien hace á Dios el objeto único de sus afeciones, que la novicia vió que se abría para ella un mundo de satisfacciones desconocidas.

Iba adelantando así la madre Maldonado en la conquista de aquella alma, cuando ocurrió un incidente que fué á renovar la mal cerrada herida en el corazón impresionable y tierno de Doña Violante. Una noche, se había tocado ya á silencio en el monasterio y las religiosas todas estaban recogidas en sus celdas. Sor Juana y la novicia conversaban de asuntos espirituales, en un balcón de la casa de la maestra, que daba al jardín. Tomó ésta el arpa é hizo oír un dulcísimo preludio, como disponiéndose á cantar. Fué así efectivamente. Con una voz limpia y sonora, entonó la monja la siguiente estrofa del *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*, de San Juan de la Cruz, cuya música ella misma había compuesto.

¿ Adónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste
Habiéndome herido ;
Salí tras ti clamando y eras ido.

Sor Juana repitió la estrofa, y luego pasando á otra de la misma composición, continuó cantando :

Pastores los que fuéredes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura viéredes
Á aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Difícil es expresar toda la pasión y la melancolía con que entonaba la religiosa el último pie :

Decidle que adolezco, peno y muero.

Doña Violante escuchaba arrobada y las lágrimas, desprendidas de sus párpados, rodaban lentamente por sus mejillas. Absortas una y otra, no pudieron advertir que un hombre embozado bajaba por el muro que separaba el jardín de la calle y que se ocultó en un bosquecillo de limoneros.

—¿ No cantáis más, señora? dijo Doña Violante, con una voz que revelaba su emoción.

—¿ Os gustan estos versos, hija mía? contestó sor Juana; tenéis razón. Forman parte de una feliz imitación del *Cantar de los cantares*, escrita por el *Doctor extático*, que era no sólo un gran santo, sino también un dulcísimo poeta. No puede cantarse el amor divino con mayor ternura, con más sublime sencillez y con imágenes más delicadas que las que emplea el santo en esa composición. Escuchad. Y continuó cantando :

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores
Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras.
Y pasaré...

Detúvose sor Juana cuando comenzaba á repetir el último pie, pues oyó en el bosquecillo de limoneros, que estaba muy inmediato, un prolongado suspiro y en seguida vió salir á un hombre embozado, que se dirigió precipitadamente al balcón. La maestra dejó caer su velo con un movimiento rápido y

cuando se retiraba de la ventana, oyó la voz de un joven que decía :

— Sois vos, Violante; es imposible que otra exprese el amor con tanta verdad en este santo asilo. Salid; vengo á salvaros.

La maestra cerró precipitadamente la ventana; pero ya la joven había escuchado aquellas palabras. Pálida y convulsa se arrojó en los brazos de sor Juana, exclamando :

— ¡ Él es! madre mía, ¡él es! César, que viene á reclamarme mis juramentos. Dejadme, dejadme; vuelvo á unirme á él para siempre. Sí, para siempre, repitió; y perdido el conocimiento, inclinó la cabeza sobre el pecho de la religiosa.

Don César, pues era él efectivamente, quien en un momento de exaltación y de delirio había ido á turbar la paz de aquel asilo, viendo que la que él creía ser Doña Violante, no acudía á su llamamiento, salió del monasterio con el corazón partido de dolor.

Desde el siguiente día se comenzaron á levantar á mayor altura los muros del convento, sin que se supiese lo que motivaba aquella precaución : pues la prudente discreción de sor Juana hizo que el incidenté de la noche anterior quedase ignorado, tanto en la ciudad como en el monasterio.

CAPÍTULO XXVII

La cita.

Había expirado el año 1655. En sus últimos meses los Nazerens redoblaron su actividad y prepararon un golpe de mano atrevido; nada menos que la prisión del Conde de Santiago, de su hijo y de los demás funcionarios y particulares que eran conocidamente adictos al Presidente. Alarcón era el director de aquel plan, y uno de los que debían dirigir su ejecución, para la cual se había señalado la noche del 15 de Enero. Estaban tomadas todas las medidas con bastante habilidad. Los conjurados tenían designados sus puestos en el interior del palacio, en la plaza y en ciertas calles que convenía vigilar. Don Fadrique de Guzmán, que había entrado en la conspiración por el incentivo de las ventajas con que la habilidad de D. Silvestre le supo estimular y por el instinto perverso del mal, que era una necesidad de su dañada naturaleza, era uno de los más celosos y decididos, aunque siempre procuró con cautela evitar que se le señalase un puesto en que pudiera correr peligro grave.

El Presidente y sus allegados nada positivo sabían acerca de lo que se tramaba; y sin embargo, había algo en la atmósfera, digámoslo así, que anunciaba la aproximación de la tempestad. Ninguno de los conspiradores había cometido la más leve indiscreción; el secreto se conservaba religiosamente, y no obstante eso, corrían rumores vagos y extraños de novedades y la autoridad percibía que algo se preparaba, aunque

no podía aún atinar dónde estaba el peligro ni de qué clase fuese.

La tertulia de Doña Elvira no dejaba de resentirse del estado de las cosas. Notábase en ella poca animación, y era fácil advertir, en la reserva y distracción de muchos de los concurrentes, que algunos pensamientos graves los tenían preocupados. Don Rodrigo concurría siempre al estrado de Doña Elvira; pero desde el incidente de la jura, que fué á despertar los celos en el alma del Adelantado, tanto el caballero como la joven señora cuidaron instintivamente de guardar la más esmerada precaución. Entendíanse sus corazones; hablábanse de vez en cuando sus miradas ese lenguaje mudo, mucho más elocuente que el más estudiado discurso; pero ni D. Fadrique ni otros pocos en quienes se habían despertado sospechas, tuvieron el más pequeño dato positivo que las confirmase. Solo D. García, con esa intuición que parece dotar á los que aman del don de segunda vista, lo veía y lo comprendía todo. La inflexión de la voz, un movimiento, una mirada bastaban al joven para juzgar de los sentimientos de Doña Elvira, á quien veía cada día más apasionada. El desgraciado joven seguía en silencio los progresos de aquella pasión y su alma sufría el más cruel de los martirios. Las fuerzas físicas del hijo de D. Enrique estaban casi agotadas y el dolor había dado al rostro del pobre joven una expresión de sentimiento tan profunda y tan marcada, que no pudo escapar á la atención de cuantos le veían.

En otra circunstancia, Altamirano hubiera encontrado un poderoso auxiliar en su amigo D. César, cuya energía de voluntad había suplido tantas veces la fuerza de espíritu que faltaba á aquella naturaleza tímida y delicada. Pero Carranza estaba también profundamente abatido; y su corazón, tan firme y levantado, había caído en completo desaliento, especialmente desde la noche de la frustrada tentativa en el monasterio donde se hallaba Doña Violante. Don Fadrique jamás había inspirado verdadera confianza á D. García, habiendo en el carácter y en las ideas de aquél, algo que no podía convenir con los senti-

mientos tiernos y delicados de Altamirano. Tuvo, pues, que encerrarse éste en la más profunda reserva, y aquel sufrimiento oculto y silencioso creció con la compresión á que se sujetaba.

Don Enrique, si bien no había tenido ocasión de notar cosa alguna que confirmase las sospechas que hizo nacer en su ánimo el interés que mostró Doña Elvira por D. Rodrigo cuando ocurrió el incidente de que dimos noticia en uno de nuestros anteriores capítulos, no por eso estaba seguro de los sentimientos de su esposa. Lejos de eso, punzábale cruelmente el corazón el aguijón acerado de los celos, celos nacidos, no de amor, sino de orgullo. El altivo caballero abrigaba la sospecha de que era traicionado y su amor propio, herido vivamente, le sugería ideas de venganza. Un incidente fué á ocasionar la explosión del odio reconcentrado que D. Enrique guardaba en su alma hacía algunos meses.

El 13 de Enero, á eso de las ocho de la noche, el Adelantado entró en el dormitorio de Doña Elvira, la cual en aquel momento se encontraba por casualidad en su gabinete de trabajo, pues á aquella hora estaba regularmente en la alcoba. Cuando Don Enrique estaba más absorto en sus meditaciones, sintió caer á sus pies un objeto pequeño que había entrado por la ventana que daba á la calle, de donde fué arrojado seguramente. Inclínose para recogerlo y luego advirtió que era un papel, en el cual estaba oculta alguna cosa. Desenvolvió el papel y encontró una gruesa sortija de oro, sin armas, cifra, ni otra particularidad que pudiese indicar de quién era, ó á quién estaba destinada. Examinó entonces el papel y halló que estaba escrito, por lo que conoció que el anillo había servido únicamente para hacer llegar el papel desde la calle. La pieza estaba oscura; D. Enrique pasó á la inmediata donde había luz, y leyó lo siguiente:

“Tengo urgentísima necesidad de habláros. Esta noche, á las doce, me encontraréis en el jardín, por la parte donde están los naranjos. Os suplico encarecidamente no faltéis.”

Aquel billete no tenía dirección ni firma, y la letra era enteramente desconocida de D. Enrique. Los celos le despedazaron el corazón, á la vista de aquel papel, no dudando que fuese dirigido á su esposa por D. Rodrigo. Se paseó un momento por el cuarto con la mayor agitación, trazó su plan, volvió á envolver la sortija en el papel y la colocó en el punto donde había caído. Hecho esto, llamó á un lacayo y le dió una orden en voz baja, yendo en seguida á encerrarse en su gabinete.

Media hora después, el lacayo llegaba á la puerta con dos hombres embozados.

—Aguardad un momento, dijo aquél, y llamó suavemente á la puerta. Don Enrique abrió y le dijo el lacayo en voz baja :

—Están aquí, señor.

—Hacedlos entrar y retiraos, contestó el Adelantado.

Entraron los dos hombres, y habiéndose desembozado, descubrieron sus semblantes torvos y mal encarados. Eran dos famosos criminales, conocidos con los sobrenombres de *Mano de fierro* y el *Desorejado*, á quienes D. Enrique había salvado de ir á presidio, y á quienes solía emplear en ciertas comisiones muy delicadas.

—¿Venís preparados? preguntó el Adelantado.

—Sí, señor, contestó *Mano de fierro*, y él y su compañero sacaron dos grandes y aguzados puñales que llevaban ocultos bajo sus capas.

—Bien, dijo D. Enrique, seguidme; y caminando delante de aquellos dos foragidos, se encaminó al jardín. Entró en la habitación del jardinero, tomó dos azadas y fué á reunirse con los malvados, á quienes condujo á un punto retirado, cubierto de matorrales.

—Cavad aquí, les dijo. Dos varas y media de largo; tres cuartas de ancho y una vara de profundidad. Eso basta. Yo volveré y os diré lo que habrá que hacer después.

Los dos hombres se pusieron á cavar sin decir palabra, y D. Enrique se retiró. Antes de encerrarse en su habitación, que estaba separada por otras piezas de la de su esposa, el Adelantado pasó al dormitorio de Doña Elvira y echó una mirada con disimulo á la alfombra que cubría el piso. El papel había desaparecido. La joven parecía profundamente preocupada de alguna idea.

Cuando dió las once el reloj de la Catedral, D. Enrique, armado de puñal y espada, salió de su cuarto con precaución, atravesó las galerías y los patios y se dirigió al jardín. Acercóse á los dos hombres, á quienes había dejado abriendo la cavidad y se dió á conocer. El trabajo estaba terminado.

—¿Habéis concluído? preguntó D. Enrique.

—Sí, señor, contestó uno de los faragidos; lo hemos hecho como lo mandasteis.

—Perfectamente, dijo D. Enrique, después de haber examinado el trabajo á la luz de una linterna que llevaba. Venid, añadió, y fué á colocarse, á muy poca distancia, junto al muro que separaba el jardín de la calle.

—Dentro de una hora, dijo, debe bajar un hombre por esta pared. Estad atentos, y cuando haya bajado, sin darle tiempo para que pueda sacar la espada y defenderse, acabadle. Sois dos y animosos; él, aunque bravo, es uno solo, y como no espera ser sorprendido, no podrá haceros daño. Obrad con prontitud y resolución. Yo estaré en ese bosquecillo de naranjos y vendré á ayudaros, si fuere necesario. Pero no lo será, pues fácilmente le quitaréis la vida. Yo tengo que hacer en el bosquecillo y luego que haya concluído, vendré á daros mis órdenes. La recompensa, si procedéis con celo y discreción, será correspondiente al servicio que vais á prestarme. Si no, tendréis que arrepentiros. Sabéis que vuestra suerte está en mis manos. Tomad esto á buena cuenta, añadió, y puso un bolsillo lleno de oro en las manos de uno de los asesinos.

—Seréis servido como lo deseáis, dijo el *Desorejado*; ese

hombre, aun cuando sea vuestro mismo padre, no vivirá dos minutos después que haya bajado del muro.

Cuando aquel malvado acababa de pronunciar las últimas palabras, un hombre envuelto en una capa oscura, salió lentamente y sin hacer el más ligero ruido, del bosquecillo de naranjos y se encaminó á la puerta por donde había entrado D. Enrique. Si alguno hubiere podido examinar el rostro de aquel individuo, habría visto la expresión del horror y espanto que le causaba el terrible secreto que acababa de sorprender.

— ¡ Oh ! no hay duda, dijo en voz ahogada aquel sujeto. Mis sospechas deben, pues, ser ciertas. Pero esto es horroroso, y semejante atrocidad no puede, no debe cometerse. ¡ Dios mio, añadió con un acento desgarrador, dadme fuerza para cumplir mi deber y evitar, aun cuando sólo sea en parte, este espantoso crimen !

Dicho esto, el que así hablaba, rompió en los más amargos sollozos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, fué á ocultarse tras el tronco de un árbol, que estaba enfrente de la puerta.

El Adelantado, entretanto, se había internado en el bosquecillo de naranjos; desnudó el puñal y aguardó á que el reloj diera las doce.

CAPÍTULO XXVIII

Una profecía.

¡Con cuán diferentes sentimientos aguardaban la hora de la media noche los dos individuos á quienes hemos dejado ocultos en el jardín del palacio! Lleno de saña y atormentado por la sed de venganza el uno; horrorizado el otro y resuelto á frustrar el proyecto espantoso, cuyos preparativos acababa de presenciar. El tiempo corre con igual velocidad para el malvado que acecha oculto á la que va á ser su víctima, y para el que por compasión ó por deber vela con el objeto de evitar el crimen.

Cuando sonaron, en medio del silencio, los acompasados golpes de la campana del reloj que daba las doce, el corazón del Adelantado y el del otro individuo que se había escondido tras un árbol, palpitaron violentamente. Había llegado la hora decisiva.

La puerta del jardín que conducía al interior del edificio se abrió muy poco á poco, y una mujer, envuelta de pies á cabeza en un largo manto de color oscuro, se deslizó como una sombra, dirigiéndose al bosquecillo de naranjos. Cuando aquella mujer pasó junto al árbol, el que estaba allí oculto y embozado hasta los ojos, dijo con voz ahogada:

—Huíd, señora, huíd; el Adelantado está en el bosquecillo de naranjos.

— ¡García! exclamó Doña Elvira á media voz, estoy per-

dida; y retrocediendo con rapidez, volvió á la puerta por donde había entrado, y se dirigió á su habitación, con el corazón oprimido de pena y de dolor.

Entretanto Don García, pues era él efectivamente, salió del jardín luego que hubo desaparecido Doña Elvira, y dirigiéndose rápidamente á la puerta del palacio, donde estaba el cuerpo de guardia, se hizo reconocer por el oficial de los arcabuceros y salió á la calle.

— ¡Ah! dijo el pobre joven, arrancando un tristísimo gemido de lo más hondo de su pecho. ¡Corro á salvarle! Quiera Dios que aun sea tiempo.

Dobló la esquina y siguiendo á lo largo del edificio, buscó la calle á donde daba el muro del jardín. Todo estaba desierto y silencioso; y Don García oyó únicamente el tristísimo tañido de una campanilla, que sonaba de vez en cuando en el extremo de la calle, y que cada vez se percibía menos, como si fuese alejándose el que la tocaba. Permaneció una hora en aquel sitio, y como á nadie vió aparecer, se retiró, lleno de mortal angustia, temiendo que D. Rodrigo hubiese penetrado en el jardín antes de que él llegase.

Pero no había sido así. Es tiempo ya de que expliquemos lo que ocurría en la parte de afuera, en tanto tenía lugar en el interior lo que dejamos referido. Don Rodrigo llegó poco antes de las doce al pie del muro del jardín, por el punto de la calle desde el cual se percibían las sombrías copas de los naranjos: y como iba provisto de una escala de cuerdas, contaba con que podría salvar fácilmente la pared. Pero casi al mismo tiempo que él, llegaba un hombre, vestido con una túnica azul, que llevaba en la mano derecha una campanilla, que tañía de tiempo en tiempo y en la izquierda una linterna. Á su luz vió el gobernador quién era el sujeto que tan importunamente se atravesaba en aquel momento en su camino. Era el mismo á quien había encontrado una noche en el barrio de Santa Cruz, conduciendo á un pobre enfermo sobre sus espaldas. El siervo de

Dios hacía resonar su campanilla y cantaba con acento grave y melancólico :

„Acordaos hermanos
Que una alma tenemos
Y si la perdemos
No la recobramos.”

Don Rodrigo experimentó al ver á aquel hombre, la misma conmoción extraña que sintiera cuando se encontró con él por la primera vez. Temblaba como si se hubiese puesto en contacto con un conductor eléctrico. El joven hizo un esfuerzo extraordinario para dominar aquella impresión, de la cual se avergonzaba en su interior, pareciéndole oprobioso que aquel hombre, que tenía todo el aspecto de un miserable, ejerciese tal influencia sobre un caballero como él, que no había temblado jamás delante de nadie.

— Retiraos, dijo D. Rodrigo con impaciencia.

— No ; señor D. Rodrigo de Arias, contestó con dulzura el hermano Pedro ; no me retiro. Vengo á salvaros. La muerte, una muerte oscura é ignominiosa os aguarda tras ese muro, y vos no debéis morir aún.

El rostro del siervo de Dios apareció repentinamente como iluminado de un resplandor celestial. El fuego brillaba en sus ojos y su voz resonaba con un acento agradable y profético.

— Joven, repitió ; vos no debéis morir aún. Dios os ha destinado á una muy alta empresa. Día vendrá en que seáis el general de una milicia numerosa, que no existe todavía, y que extenderá sus pacíficas conquistas hasta regiones muy distantes. El puesto principal os ha sido designado ; id en paz, en tanto suena la hora señalada en los consejos de la Providencia para que vayáis á ocuparlo.

El siervo de Dios guardó silencio y volvióla espalda á D. Rodrigo, retirándose paso á paso y tañendo la campanilla. El joven caballero estaba como fascinado con aquella aparición y con la misteriosa profecía, que en vano procuraba descifrar.

Impelido por una fuerza interior indefinible, el gobernador fué retirándose del muro, y con la cabeza inclinada bajo el peso de graves pensamientos, se alejó de aquel sitio. Apenas había doblado la esquina, cuando apareció por el extremo opuesto D. García, que como hemos dicho, pudo oír en lontananza el sonido de la campanilla.

CAPÍTULO XXIX

La sepultura abierta.

Hasta después de las dos de la mañana permaneció D. Enrique en el jardín con los sicarios, aguardando la llegada de D. Rodrigo y de su esposa. Viendo que ni ésta ni aquél aparecían, imaginó que algún accidente inesperado ó alguna sospecha de lo que él se disponía hacer, los había retraído aquella noche.

El Adelantado despidió á *Mano de fierro* y al *Desorejado*, previniéndoles estuviesen listos para cuando él los llamase; y en vez de retirarse á su dormitorio, se dirigió á la alcoba de su esposa. Doña Elvira velaba. La idea de haber sido descubierta por D. García, la afligía sobre manera, aun cuando estaba segura de la completa discreción de aquel joven, cuya nobleza de carácter conocía perfectamente. Pero mucho menos que lo que se refería á su persona, la apenaba en aquel momento la consideración de lo que hubiese podido ocurrir en el jardín entre su esposo y D. Rodrigo, si éste había llegado á entrar, como era de suponerse; pues el billete que encontrara en el suelo, era, no podía dudarlo, de la misma letra de otros pocos que de él había recibido.

En aquella mortal inquietud, Doña Elvira contaba las horas y deseaba vivamente que amaneciese, para correr al jardín y ver allí si encontraba algún indicio de lo que hubiese podido acontecer. Cuando la joven oyó que alguno abría la puerta de su dormitorio, y vió que era su marido, cuyo sem-

blante airado iluminaba la luz de la linterna, Doña Elvira se estremeció y cerró los ojos, fingiendo que dormía. El Adelantado se acercó á la cama y puso la mano sobre el corazón de su esposa. Latía con tanta precipitación, como si estuviese próximo á romperse. Una sonrisa feroz contrajo las facciones de D. Enrique, y comprendiendo que la joven estaba despierta, dijo :

— Parece, señora, que tanto á vos como á mí nos ha tocado pasar la noche en vela.

Doña Elvira no contestó una sola palabra y continuó fingiendo que dormía. Entonces D. Enrique le tomó el brazo y sacudiéndoselo con violencia, dijo :

— ¿Qué significa esta ficción, señora? Responded, ó ¡vive Dios que os hago ver ahora que estoy hartos de gazmoñerías!

La joven había abierto los ojos, y viendo á D. Enrique con sorpresa exclamó :

— ¿Qué lenguaje es este, Enrique, que jamás habéis usado conmigo, y qué motivo puede haber que lo autorice?

— El motivo hartos lo sabéis, dijo el Adelantado, mujer perjura y desleal, que olvidáis vuestros deberes y me exponéis á ser la burla de la ciudad.

— Eso es, caballero, contestó Doña Elvira con amargura, bien lo comprendo, lo único que á vos puede importaros. Bien sé que si de algún tiempo acá os manifestáis receloso y desconfiado, es vuestro orgullo únicamente y no un sentimiento más noble y tierno, de que no sois capaz, el que os sugiere esas sospechas que nada justifica.

El Adelantado contestó con una sonrisa desdeñosa, y dijo :

— No os mostráis poco astuta al querer convertirlos de acusada en acusadora. Pero conmigo perdéis vuestra elocuencia. Yo no tengo por qué daros cuenta del móvil de mis acciones. Tengo derecho á exigirlos fidelidad, y no soy hombre, ¿lo entendéis? para permitir que nadie se burle de mí. Esta noche debíais concu-

rrir á una cita en el bosquecillo de naranjos del jardín. No sé por qué circunstancia fortuita no habéis acudido á ella, ni quién ha sido el ángel de guarda que os ha salvado á vos y á vuestro cómplice. Quiero que caminéis advertida del término á donde os conducirá á vos y á él la senda que seguís. Vestíos y venid conmigo.

Dicho esto, D. Enrique puso la linterna sobre una mesa y se retiró á la pieza inmediata. Había tal expresión de resolución feroz en el semblante de D. Enrique, que Doña Elvira no consideró prudente irritarle, oponiéndose á lo que le prevenía, y se vistió con un traje ligero, envolviéndose en un manto.

— Estoy pronta á seguiros donde queráis, dijo al Adelantado.

Tomó éste la linterna y marchando delante de su esposa, que le seguía inquieta y recelosa, se encaminó al jardín. Atravesaron las hileras de árboles y pasando por el bosquecillo de naranjos, llegaron junto á la cavidad que habían abierto los dos asesinos por orden de D. Enrique.

— ¿Veis esto? dijo el Adelantado.

— Sí, contestó Doña Elvira; ¿y qué?

— Un hombre, dijo D. Enrique, debió haber bajado, tres horas hace, por ese muro, para ir á buscar al bosquecillo que acabamos de atravesar, á la esposa perjura, que olvidada de sí misma, vendría sin duda á recibirle ahí en sus brazos. Pero ¡ah! el insensato no sabía que buscando la satisfacción de un deseo criminal, vendría á encontrar la muerte, una muerte instantánea, oscura y oprobiosa, en el mismo sitio donde creía hallar la felicidad. Lo que tenéis á vuestros pies es una sepultura, que yo había hecho abrir para vuestro amante. Tomad bien las señas de este sitio, porque si alguna vez se realiza lo que ahora se ha frustrado por alguna casualidad, sepáis á dónde debéis venir á derramar algunas lágrimas.

La joven se estremeció. Apenas podía creer tanta crueldad como la que revelaba la fría y premeditada resolución de su marido.

— ¿Es decir, contestó, que meditabais un asesinato?

— Meditaba lavar mi honor vilmente ultrajado, contestó D. Enrique, y me proponía arrojaros un cadáver ensangrentado, que de los brazos de la esposa infiel, pasaría á esa sepultura. Tened entendido que ella va á quedar abierta, esperando á aquel para quien ha sido cavada.

Dicho esto, el Adelantado volvió la espalda bruscamente á su esposa, dejándola sola y en la oscuridad.

— ¡Monstruo! exclamó Doña Elvira, cuando D. Enrique hubo desaparecido; y luego añadió :

— ¡Gracias, gracias, Dios mío! ¡Se ha salvado! y saliendo del jardín, volvió á su habitación y se arrojó en su lecho, presa de una violenta calentura.

CAPÍTULO XXX

La punta de la capa.

Como lo dejamos indicado en uno de los últimos capítulos, todo estaba dispuesto para que en la noche del 15 de enero estallase la conjuración de los Nazarenos. Un incidente que, al parecer, nada podía influir en los acontecimientos que se preparaban, hizo, como sucede muchas veces, que se frustrase aquella tentativa. Para explicar aquel suceso, invitamos al lector á que nos acompañe por un momento á la capilla del Socorro de la Catedral, donde hemos estado en la noche en que D. Silvestre de Alarcón fué á ocultar el libro de los juegos de palacio en el sepulcro vacío del marqués de Lorenzana.

Eran las ocho, hora en que no se veían en la iglesia sino unas pocas gentes, habiendo concluído las misas hacía un rato. El velo que cubría la imagen de la Virgen estaba levantado, y un hombre, arrodillado á poca distancia del altar, miraba en derredor, como para cerciorarse de que no había otra persona en la capilla. Cuando se hubo asegurado de que estaba solo, se levantó con prontitud, subió al altar, abrió la puerta vidriera del camarín, y cortando con la mano derecha el hilo con que estaba asegurada al manto de la Virgen una lagartija de oro y esmeraldas, la recibió en la izquierda. En aquel momento el ladrón oyó pasos de una persona que se acercaba, y sin tiempo para cerrar la portezuela del nicho, bajó del altar. Calculó

pronto que el robo iba á ser advertido, que las sospechas no dejarían de recaer sobre él, y que se le registraría. Resolvió, pues, ocultar la lagartija en algún lugar donde no se la encontrasen fácilmente y donde él pudiera recogerla después. Echó la vista en derredor, y no hallaba un sitio á propósito, cuando se fijó en el sepulcro del marqués de Lorenzana, que todos sabían bien estaba vacío. Verlo y resolverse á ocultar allí la alhaja, fué todo uno. Levantó la tapa con bastante dificultad, lo suficiente para introducir el objeto robado, y la volvió á dejar caer, sin advertir que un pedazo de paño negro que estaba cogido con la cubierta del sepulcro, había caído al levantar la tapa. El ladrón volvió á arrodillarse frente al altar, fingiendo que rezaba con la mayor devoción. Era tiempo, pues la persona cuyos pasos había escuchado, era el sacristán particular de la Virgen, que iba á cubrir la imagen. Llamóle la atención desde luego el ver abierta la vidriera del camarín, y observando la efigie, advirtió la falta de la lagartija. Inmediatamente dió voces, y habiendo acudido algunas personas, las sospechas recayeron sobre aquel devoto, que ni aun había levantado los ojos, tan absorto parecía en su oración. Aseguráronle y fué escrupulosamente registrado, por más que él juraba estar inocente de aquel robo. Visto que no tenía la alhaja, se sospechó la hubiese ocultado en la misma capilla, pues un sacerdote que acababa de celebrar la misa en el altar de la Virgen, y que aun estaba en la catedral, afirmó que la imagen la tenía un momento antes. El presunto ladrón fué conducido á la cárcel, en tanto se continuaba registrando. En vano se buscó en el último rincón de la capilla; nada se encontraba, hasta que ocurrió á uno de tantos ver si acaso había ocultado el robo en aquel sepulcro vacío. Levantaron la tapa, y ¡cuál no sería el asombro de los circunstantes, al hallar ahí la lagartija, sobre un libro forrado de terciopelo verde, con sobrepuestos de plata! Recogióse la alhaja y examinando aquel libro, que llamó la atención á los

presentes, se vió que tenía, en una chapa de plata, grabadas las armas del conde de Calimaya. Abrieron y leyeron en la primera foja: *Libro de caja de los juegos de palacio*. Todos recordaron inmediatamente el robo de aquel libro, cuya desaparición había sido pública, y para cuyo rescate se hicieron inútilmente las más activas y minuciosas diligencias. Llamó igualmente la atención un retazo de paño negro, que parecía ser la esquina de una capa, que se encontró junto con el libro y con la prenda robada, y no se atinaba con lo que todo aquello podía significar.

Como quiera que fuese, el sacristan mayor, que había sido avisado y presenciado el hallazgo, tomó el libro y el retazo de paño, se dirigió al palacio y pidió audiencia para un asunto grave é importante. Obtúvola sin demora y presentó el libro al Presidente, que no podía creer á sus propios ojos, pues había perdido la esperanza de recobrarlo. El conde hizo llamar al Adelantado, y habiendo acudido D. Enrique, dijo el Presidente :

— La casualidad nos ha hecho encontrar lo que no pudieron obtener nuestras más exquisitas diligencias. He aquí el libro de caja de los juegos, cuya desaparición jamás habíamos podido explicarnos. Ha sido encontrado en la capilla de nuestra Señora del Socorro, en la catedral, oculto en el sepulcro del marqués de Lorenzana.

Tomó el libro D. Enrique y vió que era efectivamente el de los juegos.

— ¿Y no hay, dijo, algún indicio de cómo ha ido á parar este libro al lugar donde se ha encontrado?

— No, señor, contestó el eclesiástico; nada sabemos absolutamente. Una casualidad nos ha hecho hallarlo, buscando una alhaja de nuestra Señora, que un ladrón acababa de ocultar en el sepulcro del marqués. Se encontró junto con este retazo de paño.

El Adelantado examinó el pedazo de paño, y dijo :

— El hallazgo de este objeto quizá no sea tan insignificante como parece. Acaso él nos ponga tras la pista del que ha cometido el robo del libro.

El Presidente dió las gracias al sacristán mayor, que se retiró en seguida. Luego que el conde y su hijo estuvieron solos, dijo el segundo :

— Señor, no perdamos tiempo ; y antes de que se publique en la ciudad la noticia del hallazgo del libro, tomad las providencias que pueden conducir al descubrimiento del autor de ese atentado.

— Pero ¿qué puede hacerse en la falta absoluta de datos que hay? preguntó el Presidente.

— Este retazo de paño debe guiarnos en la averiguación, contestó D. Enrique. Si os parece, haced llamar inmediatamente al alguacil mayor y que os traiga acá ahora mismo todos los sastres de la ciudad.

El Presidente tocó la campanilla, presentóse un lacayo y le previno se llamase al alguacil mayor. Poco tardó aquel funcionario en acudir; dióle el conde sus instrucciones, y media hora después todos los maestros sastres, (cuyo número no era considerable,) estaban en la antecámara. El Adelantado los fué examinando uno en pos de otro sobre aquel pedazo de tela. Todos aseguraron que era la esquina de una capa, que no había sido cortada con tijeras ; pero no pudieron decir más. Al fin uno de los que fueron llamados los últimos, tomó el retazo en sus manos, lo examinó con la mayor atención, por el derecho y por el revés, y dijo :

— No hay duda ; corresponde al remiendo.

— ¿ Qué remiendo ? preguntó el Adelantado.

— Uno, contestó el sastre, que se me encargó hace algunos meses pusiese en una capa.

— ¿ Y á quién pertenecía ? dijo D. Enrique con ansiedad.

— Se me llamó, á lo que recuerdo, de una casa grande del barrio de Santo Domingo....

— ¿Pero quién os llamó? ¿de quién era la capa? interrumpió D. Enrique con impaciencia.

— No recuerdo bien el apelativo, dijo el sastre; pero creo que el caballero se llama Don...

— ¿Don quién? ¡bellaco! gritó el Adelantado; ya podéis concluir, ó ¡vive Dios que el tormento os devuelva la memoria!

— Por el amor de Dios, señor, dijo el pobre artesano, dejadme recordar; son tantas las obras que caen al cabo del día! Pero si mal no recuerdo, el sujeto dueño de esa capa se llama D. Silvestre Larcón.

— Alarcón, dijo D. Enrique, ése es; y la casa del barrio de Santo Domingo, de donde fuisteis llamado, es la de D. Diego de Padilla.

— Precisamente, contestó el sastre. Un señor ya grande, mal encarado y....

— Basta; interrumpió D. Enrique, podéis retiraros.

El Adelantado fué á buscar al conde y luego le informó del importante descubrimiento que acababa de hacer. Concertóse entre el Presidente y su hijo lo que convenía practicar, y en consecuencia fueron expedidas las órdenes correspondientes.

Una hora después, un alférez con veinticinco arcabuceros ocupaba la casa de D. Diego de Padilla, con orden de prender á D. Silvestre Alarcón, registrar las habitaciones y particularmente los guardarropas y apoderarse de las capas que se encontraran en ellos. El cajero mayor, que aun no sabía una palabra de lo ocurrido pocas horas antes en la catedral, estaba en el escritorio, muy ajeno de la tempestad que se amontonaba sobre su cabeza. Precisamente se ocupaba en la lectura de unas cartas que acababa de recibir, en las que le avisaban los corresponsales que la casa tenía en Sevilla, del buen éxito del negocio emprendido con los 78,000 pesos que hubieran debido destinarse á cubrir la deuda de juego de D. Diego de Padilla. Alarcón contaba ya con poder recibir de ahí á tres días una suma considerable, procedente de aquel negocio, y se proponía hacer que apareciese el libro, pues su

falta estaba causando perjuicio, no sólo á los acreedores de su patrón, sino á otros. ¡Cuál no sería, pues, la sorpresa de Don Silvestre cuando el alférez le intimó la orden de prisión! Sospechó que la conspiración de los Nazarenos hubiese sido descubierta; pero no por eso se amilanó; antes bien, recobrando su sangre fría, después de pasada la impresión que le causó de pronto el suceso, resolvió sacar el mejor partido posible de las circunstancias.

Mientras se hacía el minucioso registro de las habitaciones, D. Silvestre permaneció con centinelas de vista en el escritorio, sin permitirle comunicar con persona alguna, ni aun con D. Diego, quien reclamó contra aquella violencia; pero tuvo que someterse á ella, diciéndole el alférez ser orden del Capitán general y Presidente de la Audiencia. Recogidas todas las capas, conforme á lo que había prevenido al oficial, y hecho de ellas un lío, con asombro de las personas de la casa, que no alcanzaban lo que aquello podía significar, Alarcón fué conducido á la cárcel y las capas se entregaron al Presidente, quien procedió, encerrado en su gabinete con D. Enrique, al examen de todas ellas. Poco tardó en encontrarse una que tenía pegado un remiendo bastante bien hecho en una de sus esquinas. Comparada la pieza con la que se encontró en el sepulcro junto con el libro, se vió ser exactamente igual, por lo que no podía dudarse que había cierta conexión entre aquel retazo de paño, que había sido cortado de aquella capa perteneciente á D. Silvestre Alarcón, y el robo y la ocultación del libro de los juegos de palacio. Ahora, cuál fuese esa relación, cómo y por qué se encontraba en el sepulcro del marqués de Lorenzana aquel pedazo de tela, junto con el libro, era un misterio, que aun faltaba esclarecer.

La captura de Alarcón, verificada la víspera del día en que iba á estallar la conjuración de los Nazarenos, hizo que aquel acontecimiento no tuviese ya lugar, faltando el que era el alma de aquella intriga y el verdadero director de las operaciones.

CAPÍTULO XXXI

Una piel de tigre intacta.

Tres meses transcurrieron después de la prisión del cajero mayor de D. Diego de Padilla, sin que se averiguase cosa alguna en que poder fundar un cargo por el robo del libro. Alarcón negaba rotundamente, y no había un solo testigo, pues la desaparición de D. Dieguillo hacía que faltase el único que pudiera haber confirmado los vehementes indicios que resultaban del encuentro del retazo de la capa junto con el libro. El negocio, de consiguiente, no adelantaba; pero D. Silvestre continuaba preso.

Tampoco llegaba á sentenciarse el litigio entre D. Diego de Padilla y D. Tomás de Carranza, sobre la herencia de Balmaseda; pues los jueces no encontraban pruebas suficientes en que fundar su fallo, y los interesados continuaban haciendo esfuerzos para producirlas. En aquella situación se hallaban las cosas, cuando ocurrió un suceso que, aunque sin relación alguna, al parecer, con aquel pleito embrollado, vino á descubrir el misterio del origen de D. César y á poner en claro los derechos de la casa de Padilla. Para explicar lo ocurrido, tenemos que trasladarnos otra vez á la hacienda de la Soledad, donde dejamos, hace algunos meses, á D. Juan de Palomeque, á su administrador Gonzalo Méndez y á Macao, preso después de la hazaña de la caza del tigre, tan mal recompensada por la crueldad del amo.

El esclavo estaba resuelto á quitar la vida á D. Juan; este era su pensamiento dominante hacía mucho tiempo y principalmente desde que le había faltado vilmente á la palabra dada, reduciéndole á estrecha prisión, después que, con grave peligro de su vida, fué á combatir con la fiera en la montaña.

El negro comprendió perfectamente que el mejor medio para poder llevar á cabo sus proyectos, era inspirar alguna confianza al administrador y al amo, haciéndoles creer que estaba quebrantado con los castigos y que había abandonado toda idea de venganza. Se manifestó sumiso y resignado, y así logró que se le aliviase poco á poco la prisión, dejándole fuera del cepo, aunque encerrado.

Por último, una noche, en ocasión en que el administrador Gonzalo Méndez, por hallarse algo indispuesto, no ocurrió á practicar la visita que acostumbraba hacer al prisionero antes de recogerse, logró éste que el caporal de la hacienda, que le había llevado la cena, le proporcionase cierta cantidad de ovillo que el negro le pidió para fabricar una hamaca y entretenir la ociosidad de la prisión, y una navaja grande para ayudarse en el trabajo. Aquellos escasos elementos sirvieron á Macao para la ejecución de sus planes.

Luego que conoció que las gentes de la casa estaban recogidas, hizo con el ovillo una cuerda gruesa, de poco más de tres varas, y como el techo era un envigado sin tablas, echó la cuerda sobre una viga y la aseguró bien por medio de una gaza. Tan ágil como vigoroso, subió al techo por el lazo; lo recogió, y sin hacer el más ligero ruido, pasó otros dos cuartos, hasta llegar encima del que ocupaba el administrador, contiguo al del amo. La pieza estaba oscura y no se oía el más leve rumor. Macao ató su cuerda á una viga y bajó por ella, con la navaja en la mano, dirigiéndose á la cama en que dormía Gonzalo. Al acercarse, tropezó con una silla, que al caer, hizo un ruido que despertó al administrador, que se incorporó, para buscar un cuchillo que dejaba siempre junto á su cabecera.

— ¿Quién va? preguntó Gonzalo. El negro, guiándose por la voz, se dirigió á la cama, se arrojó sobre el administrador y sepultó la navaja en el cuello de aquel desgraciado, antes de que tuviera tiempo de defenderse y aun de ver á la persona que lo hería. Cayó bañado en su sangre y mortalmente herido. Macao, que conoció no debía perder tiempo, se dirigió al cuarto del amo, dejando á Gonzalo moribundo. La alcoba del caballero estaba débilmente iluminada por la luz de la lámpara, y D. Juan, que había despertado al oír el grito del administrador, estaba sentado en su cama. Conoció que alguien entraba en el cuarto, y dijo :

— ¿Quién anda ahí, Gonzalo?

El negro no contestó. Buscaba algún objeto que al fin pudo encontrar : era un lazo. Dió con uno que había servido para atar un fardo que el mismo día recibiera D. Juan de Guatemala. Palomeque volvió á preguntar con voz más fuerte, y ya impaciente :

— ¿Quién diablos anda aquí?

— Yo, contestó el negro, al mismo tiempo que echaba la cuerda, de la cual había cortado un pedazo como de una vara, al pecho del pobre caballero, cogiéndole los brazos. Instantáneamente, y antes de que D. Juan pudiera pedir socorro, Macao había pasado el otro pedazo de cuerda al derredor del cuello de Palomeque, haciéndole un fuerte nudo corredizo. Don Juan estaba imposibilitado de mover los brazos y de dar una voz ; el negro se arrojó sobre él y fué estrechando poco á poco el cordel que le oprimía la garganta, complaciéndose con ferocidad en la agonía del desventurado. Aquella escena terrible duró cinco minutos. El caballero quedó tendido sin vida sobre su cama, y el asesino salió del cuarto al corredor, diciendo :

— No dirán que he echado á perder el cuero, pues lo dejo intacto.

Entretanto, Gonzalo Méndez luchaba con la muerte en la

pieza inmediata. Pasó una hora y nadie había acudido, pues no se percibía rumor alguno que pudiese indicar á las gentes de la hacienda el doble crimen que acababa de cometer el vengativo esclavo. Al fin á eso de las cuatro de la mañana, el mayordomo, viendo que no se levantaba el administrador, que había convenido la noche anterior en ir al día siguiente muy temprano á visitar uno de los hatos de la hacienda, se decidió á despertarle. Acercóse á la puerta, llamó; pero nadie respondía; y pareciéndole al mayordomo oír un quejido sordo, decidió romper la cerradura de la puerta. Hízolo así, entró en el cuarto con una vela, pues la luz del día apenas comenzaba á iluminar la cima de las vecinas montañas. Luego oyó el mayordomo más distintos y perceptibles los quejidos del administrador, y habiéndose acercado á la cama, retrocedió horrorizado. Gonzalo respiraba aún; pero tenía la muerte pintada en el semblante.

Corrió el mayordomo á llamar á la gente de la hacienda, y pronto se llenó el cuarto donde espiraba el administrador. Dudaban de si se daría ó no aviso al amo de aquella desgracia, y al fin se resolvió despertarle y poner en su conocimiento lo ocurrido. Acercóse el mayordomo á la puerta del cuarto de D. Juan; le llamó dos ó tres veces, y como no obtuviese respuesta alguna, tomó la luz y se acercó á la cama. Un grito de espanto que resonó en toda la casa, lanzado por el mayordomo al ver el cadáver estrangulado del caballero, advirtió á la gente de que algo aun más terrible había encontrado aquél en el cuarto del amo. Acudieron todos y vieron el horroroso espectáculo. Nadie pensó de pronto en Macao: todo era gritos, carreras y confusión, hasta que ocurrió al mayordomo interrogar a Gonzalo, que aun estaba en aptitud de responder.

— No he visto al que me asesina, dijo con voz débil el administrador, pues me ha herido en la oscuridad; pero pude tocar su cabeza. El cabello era de un negro.

— ¡Macao ! gritó el mayordomo ; no puede ser otro ; corramos á buscarle.

Gonzalo, al escuchar aquellas palabras, hizo seña al mayordomo para que se detuviese, y dijo :

— Es inútil ; lo que importa es que vaya alguno á llamar á un sacerdote. Dime, añadió, dirigiéndose al mayordomo, ¿ qué ha sido del amo ?

Todos guardaron silencio, no atreviéndose á dar á Gonzalo la terrible noticia. Entonces éste, haciendo un esfuerzo, dijo :

— Por el amor de Dios no me ocultéis nada. Importa á la salvación de mi alma que yo sepa qué ha sido del amo.

Entonces el mayordomo contestó :

— El amo ha sido asesinado también, D. Gonzalo.

— Ya me lo figuraba yo, contestó el administrador. Corred, id á San Andrés, sin pérdida de tiempo, y traed un sacerdote y al alcalde. No quiero morir sin revelar un secreto que pesa sobre mi conciencia.

El mayordomo hizo ensillar tres de los caballos más ligeros de la hacienda ; montó él en uno, y conduciendo los otros dos del diestro, partió como un rayo, dejando muy recomendado á las gentes de la hacienda cuidasen del administrador, cuya herida había sido ya curada de la manera que fué posible.

Á dos leguas de distancia estaba el pueblo de San Andrés, hoy extinguido, que era cabecera de parroquia y lugar donde había un alcalde español. Refirió el mayordomo la espantosa tragedia que acababa de ocurrir en la hacienda, y como encareciese al cura y al alcalde la urgencia de pasar allá inmediatamente, montaron en los caballos que llevaba el mayordomo, y una hora después llegaban á la hacienda. Gonzalo había tenido otros ataques de hemorragia, que le dajaron bastante débil ; pero conservaba el uso de la razón y de la palabra, y clamaba por el sacerdote y el alcalde. Avisáronle de la llegada de éstos, y pidió entrase primero el párroco. El administrador hizo su confesión, y cumplido aquel deber, se encerró con el

alcalde, quien, por indicación del herido mismo, pidió recado de escribir.

Sentóse junto á una mesa que estaba cerca de la cama donde espiraba Gonzalo, que le suplicó fuese escribiendo lo que él ba á dictarle.

CAPÍTULO XXXII

Revelación.

« Hará poco más de veinte años, dijo el administrador, mi amo D. Juan de Palomeque y Vargas frecuentaba una casa principal en la ciudad, donde era recibido con la distinción que correspondía á su fortuna y rango. La señora de la casa era joven y hermosa, y con la intimidad del trato, fué naciendo en el corazón de D. Juan, que tenía entonces como cuarenta y cinco años, una inclinación culpable hacia aquella dama, ligada á un caballero con vínculos sagrados. Las continuas solicitudes de mi señor hicieron al fin que ella olvidase sus deberes; y habiendo el marido hecho un viaje fuera del reino, que duró más de un año, en su ausencia la señora dió á luz secretamente un hijo, fruto de sus criminales relaciones con D. Juan. Mi amo estaba loco de alegría. Se proponía criar al niño con el mayor esmero, para que fuese algún día heredero universal de su considerable fortuna. Pero yo, que había calculado venir á ser, con el tiempo, dueño de ella, comprendí que aquel niño, tan importunamente nacido, era un obstáculo poderoso á la realización de mis planes. Resolví, pues, hacerle desaparecer, sin quitarle la vida, y pronto se me ofreció la ocasión para ejecutar mi proyecto. Al siguiente día del nacimiento de aquella criatura, que D. Juan se llevó á su casa, me llamó y me dijo haber resuelto enviar á su hijo á esta hacienda, para que se criase con toda reserva, lo cual no era fácil en la ciudad, pro-

poniéndose él venir á visitarle frecuentemente. Aprobé su idea, porque comprendí desde luego que podía sacar partido de ella y dije al amo que debía contar conmigo para llevarla á cabo. Dióme sus instrucciones, y aquella misma noche salí con el niño, para traerle á esta posesión. El amo estaba muy ajeno de sospechar que cuando me entregaba su hijo, era para no volver á verle jamás.

« Corría el mes de Agosto y llovía á torrentes. Salí de la ciudad y tomé el camino que conduce á esta finca ; pero apenas hube pasado un poco acá del guarda, volví atrás, me apeé, dejé el caballo suelto para que tomase el camino que quisiese, y me interné por el barrio de Santo Domingo, llevando oculta la criatura bajo la capa. Ví una casa de buena apariencia, cuyos dueños no conocía, pues en aquella época iba yo muy poco á la ciudad ; percibí luz al través de las maderas cerradas de una ventana ; me aproximé ; oí voces y llamé dos ó tres veces, después de haber colocado en el antepecho al hijo de D. Juan. Advirtiéndome que iban á abrir la ventana, fui á colocarme en la banda opuesta, oculto en el hueco de una puerta. Asomó una señora, á quien no conocí, ni distinguí bien, á causa de la oscuridad ; ví que tomaba al niño y no aguardé más. Volví al punto donde había dejado el caballo y permanecí ahí un momento. Después me encaminé á casa, cuidando de enlazar mis vestidos, y cuando llegué, encontré al amo en la mayor congoja, pues el caballo se me había anticipado.

— « ¿ Qué es esto, Gonzalo ? me preguntó D. Juan con ansiedad ; ¿ qué ha ocurrido ? ¿ dónde está mi hijo ?

— « Yo fingía hallarme confuso y que no me atrevía á responder ; pero instándome D. Juan para que nada le ocultase, dije, arrodillándome :

— « Señor, soy un miserable y merezco la muerte : el niño me ha sido arrebatado. Cuatro hombres armados se me han echado encima á poca distancia del guarda, y sin dar tiempo á

que me defendiese, lo que no me era fácil tampoco, por atender á vuestro hijo, me echaron del caballo abajo, desapareciendo en la oscuridad, sin que me fuese dable conocerlos. Soy culpable, añadí, pues debí haber muerto en el acto, defendiendo el depósito que me habíais confiado ; pero la idea de que conservando mi vida podría daros informes del suceso, á fin de que tomemos algunas providencias para descubrir el paradero de la criatura, me hizo únicamente desear vivir y me dió valor para presentarme en vuestra presencia.

« Mi amo quedó aterrado al oír las palabras que acababa yo de pronunciar. No se manifestó quejoso de mí, y desde aquel momento se ocupó únicamente en hacer las más activas diligencias para descubrir el paradero de su hijo. Todo fué inútil; jamás llegó á obtener el menor indicio que pudiese conducir á la averiguación del hecho. Yo mismo estuve por algún tiempo en completa ignorancia acerca de la familia que habitaba la casa en cuya ventana puse á aquel niño ; pero avivando mis recuerdos, me parecía muchas veces que debía ser la de D. Tomás de Carranza. Pasaron así muchos años y no volví á pensar en aquel fraude que cometí, abusando de la confianza de mi amo, llevado únicamente del interés de llegar á ser un día su heredero, lo que él me había ofrecido muchas veces. Hace poco recibió aquí D. Juan una carta de la ciudad en que se le daba noticia de cierto reclamo de una cuantiosa herencia hecho á D. Tomás de Carranza por otra familia principal, reclamo que estaba basado precisamente en la simulación del nacimiento de un supuesto hijo de D. Tomás y de su esposa. Aquella carta y algunas observaciones que hizo mi amo al escuchar su lectura, fueron para mí una luz inesperada, que me hizo ver claro lo que para los demás era un misterio impenetrable. Mis sospechas fueron confirmadas, y recordando las fechas y las circunstancias de la manera misteriosa en que, según se ha sabido por algunas declaraciones, fué criado D. César de Carranza, he adquirido la plena y entera convicción de que ese joven es el hijo de D. Juan

de Palomeque, á quien yo coloqué en la ventana de D. Tomás de Carranza.

« Cumplo con un deber de conciencia al declararlo así, bajo la religión del juramento, en esta hora en que me hallo próximo á presentarme ante el Supremo Juez, y debo además indicar que si se desea completa certeza, será bien se vea si el joven que lleva el nombre de D. César de Carranza, tiene sobre el hombro derecho una mancha roja, que le observé al niño de mi amo, y que es enteramente igual á la otra que en el mismo lugar del cuerpo tiene su padre. La justicia podrá hacer de estos datos el uso que corresponda, y yo al menos habré contribuido á que se reconozca la verdad y á que no se defraude á nadie por mi causa de lo que legítimamente le toca. »

Gonzalo Méndez dejó de hablar. Para hacer aquella relación, que hubo de interrumpir frecuentemente, á fin de tomar aliento, tuvo necesidad de un gran esfuerzo, que produjo mayor agotamiento. Apenas pudo firmar la relación extendida por el alcalde, y con voz entrecortada, dijo á éste:

— Hemos concluido ; pero aun me falta haceros un encargo muy especial. En el escritorio de D. Juan hay un lio de cartas cerradas y selladas, atadas con una cinta negra. Por el amor de Dios os ruego que ese paquete lo llevéis vos mismo á la ciudad y lo pongáis con toda seguridad en manos de D. César de Carranza, luego que sepáis que del reconocimiento que se practique, haya resultado, como creo firmemente sucederá, que es real y verdaderamente el hijo de mi amo.

Acabando de hacer aquella postrera recomendación, que el alcalde ofreció cumplir religiosamente, Gonzalo tuvo un nuevo ataque de hemorragia y expiró.

El alcalde procedió á hacer el inventario de los papeles de Palomeque, y encontrando el paquete de la cinta negra, indicado por el administrador, lo guardó para cumplir oportunamente con el encargo. Practicadas aquellas diligencias, después de haber hecho constar la desaparición de Macao, en cuya per-

secución salieron gentes de la hacienda, se condujeron al pueblo los cadáveres y se les dió sepultura, harto pobremente para lo que debía haber esperado un caballero de la cuna y de las circunstancias de D. Juan de Palomeque y Vargas.

Dos días después la ciudad entera tenía noticia de la terrible tragedia ocurrida en la hacienda de la Soledad, que se contaba con pormenores exagerados, como sucede de ordinario. Corrió también algún rumor vago sobre declaraciones hechas por Gonzalo Méndez poco antes de morir; pero no se sabía de qué clase fuesen realmente aquellas revelaciones. Como el difunto no tenía parientes conocidos, los oficiales reales se dieron prisa á hacer valer los derechos del fisco, y la real hacienda vino á ser la heredera de aquellos bienes acumulados con harto trabajo por Palomeque y por los cuales había cometido Gonzalo aquel abuso de confianza, que tuvo tanta influencia en algunos de los acontecimientos que sirven de tema á nuestra narración.

El alcalde que recibió la grave confianza de Gonzalo Méndez se puso en camino inmediatamente para la ciudad, se abocó en secreto con el oidor que conocía en primera instancia del negocio de la herencia de Balmaseda y puso en sus manos la declaración dictada y firmada por Gonzalo Méndez. Teniendo alguna relación con D. Diego de Padilla, el alcalde pasó en seguida á darle aviso de lo ocurrido en la hacienda de la Soledad y de la importantísima revelación hecha por el administrador, *in articulo mortis*.

Profundamente pensativo permaneció D. Diego durante un rato, luego que el alcalde hubo hecho la minuciosa relación del contenido del documento dictado y firmado por Gonzalo Méndez.

— No me cabe ya la menor duda, dijo, de que D. César es hijo de D. Juan de Palomeque, y no de D. Tomás de Carranza. La prueba que se ha obtenido providencialmente es decisiva y se hará, estoy seguro de ello, que se me declare el derecho a

los bienes usurpados por la familia de Carranza. Pero y la madre de ese niño, ¿quién puede ser? ¿no hizo sobre este punto el administrador alguna indicación?

— Ninguna, señor, contestó el alcalde. Sobre esa circunstancia guardó la más absoluta reserva, diciendo únicamente que era una señora casada, en cuya familia era muy bien recibido Don Juan hace cosa de veinte años.

Una nube pareció cubrir la frente de D. Diego de Padilla, y no dijo ya una sola palabra. El alcalde se despidió y el caballero le dió las más expresivas gracias por el importante servicio que había prestado á su familia.

Luego que se halló solo, D. Diego comenzó á pasearse con precipitación, como agitado por algunos pensamientos que no era dueño de desechar. La relación que acababa de hacerle el alcalde de la revelación de Gonzalo Méndez, despertó repentinamente en su ánimo una sospecha cruel.

La amistad de Palomeque en aquel tiempo con su familia, el viaje que el mismo D. Diego había hecho á México, en la época precisamente del nacimiento de D. César, el abatimiento en que había caído su esposa, las palabras misteriosas que pronunciara al morir y otras circunstancias, que antes no le habían llamado la atención, torturaban su espíritu y le daban una casi certeza de su espantosa desgracia.

Don Diego temblaba de furor al considerar que había sido vilmente engañado, y buscaba en vano sobre quién descargar su ira. El desgraciado se encontraba entre dos tumbas: la de la esposa infiel y la del seductor. Para que su situación fuese más afflictiva, se veía solo, sin parientes cercanos y sin un amigo íntimo, pues Doña Violante estaba encerrada en un convento y Alarcón continuaba preso. Tenía muchos parientes; pero ninguno muy inmediato, y muchos que se decían amigos suyos, pero que estaban ligados á él solamente por el interés, por las miras políticas ó por el odio á los Carranzas. La satisfacción cruel de ver á sus poderosos rivales poco menos que

arruinados en su fortuna y su reputación, no alcanzaba á borrar la dolorosa impresión que aquel descubrimiento terrible hacía en el alma de aquel anciano. Abrumado por el peso del dolor, inclinó la cabeza y exclamó :

— ¡Maldito afán de la riqueza ! ¡ Maldito deseo de venganza !

Una lágrima se desprendió de su párpado y rodó por la surcada mejilla del pobre caballero.

CAPÍTULO XXXIII

Donde se vé la diferencia que hay entre la tinta y el agua.

Tres meses después de verificados los sucesos que hemos referido en el precedente capítulo, el pleito entre D. Diego de Padilla y D. Tomás de Carranza fué sentenciado en última instancia, condenándose al segundo á devolver los bienes de Balmaseda, con los intereses de veinte años. Además de las pruebas que habían sido presentadas por D. Diego, el testimonio de Gonzalo Méndez y la circunstancia de la mancha roja en el hombro de D. César, que indicó el administrador, acabaron de poner en claro el fraude cometido por Carranza. La influencia del Presidente, las intrigas, las amenazas y otros resortes que tocó D. Tomás fueron completamente inútiles, y no alcanzaron á parar aquel terrible golpe. Tuvo que desprenderse de los bienes mal adquiridos, de los cuales tomó posesión D. Diego, quien lejos de mostrarse contento, como era de esperarse, parecía cada día más abatido y abrumado.

Al día siguiente de aquel en que tomó D. Diego de Padilla posesión de la herencia de Balmaseda, se encontraba solo en el escritorio, profundamente absorto en sus meditaciones, cuando le anunció un lacayo que el caballero D. Fadrique de Guzman y Alvarado deseaba verle. Dijo Padilla que pasase adelante, y no tardó en presentarse el joven, á quien recibió D. Diego con la urbanidad que correspondia al rango del sujeto.

— Vengo á felicitaros, señor D. Diego, dijo D. Fadrique, por el buen éxito del negocio que teníais entablado. Sé que se ha hecho plena justicia á vuestros derechos y me felicito á mí mismo, por haber dado ocasión á que pudieseis promover un reclamo de tanta importancia para vuestra casa.

— Os agradezco, respondió D. Diego con frialdad, el interés que manifestáis por mis cosas. En efecto, algo creo que me dijo Alarcón sobre ciertos datos que le proporcionasteis relativos al asunto de Balmaseda.

— Nada menos, replicó D. Fadrique, algo amostazado por el tono de D. Diego, nada menos le proporcioné, que el hilo seguro para desenredar la intriga urdida con tanta habilidad por D. Tomás de Carranza; hilo sin el cual nunca habríais intentado siquiera penetrar en ese laberinto.

— Aquí lo principal ha sido, dijo D. Diego, la revelación del administrador de Palomeque. Sin ella, el pleito se estuviera hasta hoy como se estaba.

— Es verdad, replicó Guzmán; pero sin la otra revelación que yo hice, ni aun habríais pensado en promover ese negocio, ni Gonzalo Méndez hubiera adquirido la seguridad de que D. César era hijo de Palomeque, expuesto por él en la ventana de D. Tomás de Carranza.

— Será como queráis, dijo D. Diego, á quien todo lo que se refería á aquel asunto molestaba muchísimo. ¿Y qué pretendéis deducir de esto?

— Lo que pretendo deducir, caballero, respondió D. Fadrique, es que tenéis la memoria muy flaca cuando se trata de reconocer un beneficio recibido.

— Pues si lo que queréis es que yo agradezca la revelación que hicisteis de un secreto que la casualidad os hizo sorprender, dijo D. Diego, bien está; os lo agradezco y concluyamos.

— Yo os dispenso de la gratitud, D. Diego, replicó D. Fadrique, sonriendo; pero siento no poder dispensaros igualmente de la suma que me debéis.

— ¡ Que yo os debo suma! decís, replicó Padilla. ¿ Os habéis vuelto loco, caballero? No creo haber tenido jamás negocio con vos.

— Directamente no, dijo Guzmán; pero por medio de vuestro cajero mayor, sí.

-- ¿ Por medio de mi cajero mayor? No os comprendo. No sé que haya hecho con vos Alarcón negocio alguno; pero si tal cosa hubo y me presentáis un documento extendido en debida forma, lo respetaré como si yo mismo lo hubiese firmado

— Eso es hablar en regla, señor D. Diego, dijo D. Fadrique, echando mano al bolsillo de su jubón y sacando un papel. Rompió un sello que él mismo había puesto, presentó á Padilla un medio pliego doblado en cuatro y dijo: tened la bondad de leer este documento.

Tomó D. Diego el papel y leyó en voz alta:

„Como factor de la casa de comercio de D. Diego de Padilla, de esta ciudad, me obligo á pagar á D. Fadrique de Guzmán y Alvarado la cantidad de veinte mil pesos, tan luego como la dicha casa entre en posesión de la herencia de D. Juan de Balmaseda. Y porque conste lo firmo, en Santiago de Guatemala, á los catorce de Julio de mil seiscientos cincuenta y cinco años.”

— ¿ Qué decís ahora? preguntó D. Fadrique con alegría. ¿ ese documento, está ó no está extendido en toda regla?

— Está perfectamente bien, dijo Padilla; pero permitidme os pregunte ¿ qué significa esto y para qué me lo traéis?

Asombrado se quedó Guzmán al oír aquella pregunta y contestó:

— ¡ Vive Dios, señor de Padilla, que ó vos ó yo nos hemos vuelto locos! Pues me parece claro como la luz del medio día que vuestro cajero mayor, que tenía amplísimas facultades para tratar y contratar en nombre de la casa, ha obligado á esta bajo su firma á pagarme veinte mil pesos.

— Vos os burláis, caballero, dijo D. Diego sonriendo; una obligación que nadie firma, no significa nada.

Atónito D. Fadrique, arrebató el documento de manos de D. Diego, y se puso pálido al ver que efectivamente no había al pie de aquel escrito la más ligera huella de una firma. Guzmán echó una mirada al tintero que estaba sobre el escritorio, y viendo que era el mismo que había servido para que Alarcón firmase el documento, fué á tomar una pluma y la introdujo en el vaso que estaba á la derecha. Retiró la pluma, que destiló una gota de tinta. En seguida introdujo otra pluma en el vaso de la izquierda y cayó una gota clara y transparente : era agua. Ahí había mojado la pluma el cajero mayor para firmar la obligación, cubriendo inmediatamente la firma con arenilla, como se recordará. Don Fadrique no había tenido para qué volver á ver el papel desde entonces. Inmediatamente le puso una cubierta y lo selló, guardándolo para su oportunidad. ¡Cuál no sería la rabia que se apoderó de su corazón, al comprender que había sido engañado y burlado por el astuto cajero! Temblando de ira, dijo á D. Diego :

— Vuestro cajero mayor es un bribón, caballero; ha firmado con agua.

— Lástima que él no esté presente, D. Fadrique, dijo Padilla, pues acaso os devolvería el cumplido, y os diría tal vez que sois vos quien merece más bien el dictado. El que viene á presentar un documento sin firma y pretende que se le engañó, de la manera que vos decís, da pleno derecho á que se desconfíe de él.

La cólera de D. Fadrique desbordó, cuando oyó aquella respuesta, y dijo :

— Pues yo sostengo que vuestro cajero mayor es un fullero, y digo además que un amo que tiene y defiende á tal criado, está muy cerca de parecérselo, ya que no sea igual á él.

El orgulloso hidalgo mudó de colores al escuchar aquel in-

sulto. La sangre se agolpó en su rostro ; se acercó á Guzmán, y sacudiéndole fuertemente el brazo, dijo :

— Sois un miserable. Si no os protegiera mi casa, ahora mismo os arrancaría la lengua con que habéis proferido tan villano agravio. Exijo me deis una satisfacción con las armas, y os aguardo mañana á las cinco, en el campo de la *Chácara*.

D. Fadrique tembló al escuchar aquellas palabras, pues comprendió que D. Diego era hombre de llevar á efecto el desafío. Pero como á pesar de su cobardía, era orgulloso, no quiso manifestar temor, y contestó :

— Anciano, yo desprecio esas provocaciones; vuestra edad os sirve de escudo.

— No ; vive Dios ! contestó D. Diego airado ; no os excuséis con eso, que no es cuenta vuestra. Digoos que si no acudis mañana al punto que os indico, publicaré en toda la ciudad que sois un cobarde y un menguado, incapaz de sostener con la espada los agravios que hacéis con la lengua.

— Pues bien, dijo Guzmán, no faltaré, y sobre vos recaerán las consecuencias de vuestra temeridad.

Dicho esto, saludó á D. Diego y se retiró. Padilla volvió á ocuparse tranquilamente en sus negocios, y D. Fadrique se dirigió al palacio del presidente. Obtenida audiencia, refirió al conde lo que acababa de pasar entre él y D. Diego, aunque disfrazando del mejor modo posible el origen de la disputa. El Presidente, que deseaba vivamente algún pretexto para proceder contra D. Diego de Padilla, consideró favorable la oportunidad y aconsejó á D. Fadrique que acudiera al punto de la cita, ofreciéndole que una partida de dragones llegaría oportunamente y se apoderaría de D. Diego, en quien se haría recaer toda la culpa, como provocador del duelo. Mediante aquella seguridad, convino D. Fadrique en ir al siguiente día á las cinco de la mañana al campo de la *Chácara*.

CAPÍTULO XXXIV

Un duelo y sus consecuencias.

En la noche del día en que se verificó la conferencia entre D. Diego de Padilla y D. Fadrique de Guzmán, que terminó con un reto entre ambos caballeros, á eso de las diez fué llamado á palacio el alférez D. César de Carranza. Recibióle el conde de Santiago en su gabinete, con el aire de superioridad que el anciano sabía tomar cuando se trataba de asuntos del servicio. Saludó D. César respetuosamente, y el Presidente le dijo :

— Os he llamado para encargaros una comisión delicada.

— Dad vuestras órdenes, Muy Ilustre Señor, contestó el alférez; estoy pronto á obedeceros.

— Tomad esta orden, dijo el Presidente, entregando á D. César un papel, y presentadla mañana á las cinco menos cuarto de la madrugada, al capitán D. Pedro de Lara, que manda el cuerpo de dragones. Con los ocho hombres que os proporcionará, pasaréis inmediatamente al campo de la Chácara de Santo Domingo, donde encontraréis dos caballeros batiéndose en duelo. Prenderéis á uno y otro y los conduciréis á la cárcel de este real palacio.

Don César se inclinó, y tomando la orden, que puso en el cinturón de su espada, se retiró.

No sin una intención particular había elegido el Presidente al joven Carranza para aquella comisión. Temía alguna resistencia de parte de D. Diego ó de sus deudos y partidarios, y

necesitaba un oficial de valor acreditado y que además no tuviera conexión con la familia de Padilla. Ninguno pareció mejor que D. César en uno y otro concepto; pues su denuedo era conocido, y se le suponía resentidísimo con D. Diego por el ruidoso pleito que tan grave daño había inferido al joven. Satisfecho de su elección y seguro del buen éxito de ella, el conde aguardó el resultado de aquel incidente.

Al día siguiente, D. César se presentó á caballo en el cuartel de dragones, á la hora que se le había prevenido, y habiendo puesto la orden del Presidente en manos del comandante del cuerpo, fué cumplida inmediatamente. Don César, seguido de los ocho dragones, se dirigió al campo de la Chácara.

Ya estaba allí D. Diego de Padilla, que había llegado media hora antes de la señalada para el encuentro. Iba acompañado solamente de un lacayo, á quien encargó cuidase del caballo que montaba. Don Fadrique se presentó á las cinco en punto.

— Estoy listo, caballero, dijo D. Diego, desnudando su espada.

Don Fadrique buscaba con inquietud por todos lados, á ver si aparecían los que debían impedir el duelo, y como no los veía, estaba visiblemente inquieto.

— ¿Qué aguardáis? dijo Padilla con impaciencia.

— Nada, contestó Guzmán; estoy á vuestras órdenes y desenvainó la espada de muy mala gana. El anciano se lanzó sobre el joven con un ímpetu que nadie habría aguardado de sus años, y D. Fadrique tuvo que ir retrocediendo, parando con mucha dificultad los terribles golpes que le asestaba su enemigo. Acosado por el anciano, D. Fadrique estaba ya casi sin fuerzas, cuando apareció á lo lejos el alférez con su gente. Lo vió D. Fadrique y exclamó :

— ¡Somos perdidos! Tropa viene.

— No importa, replicó Padilla, aun hay tiempo: concluyamos.

Y redoblando la viveza del ataque, asestó una estocada á Guzmán en el costado izquierdo, y habiéndole alcanzado, le causó una ligera herida.

— ¡ Muerto soy ! gritó D. Fadrique, y se echó en tierra, soltando la espada.

D. Diego de Padilla apenas tuvo tiempo para saltar sobre su caballo y echar á correr, pues ya el alférez y los dragones estaban á diez pasos de distancia.

— Acudid dos al herido, y los demás seguidme, dijo D. César, y corrió tras el fugitivo, á quien no había conocido.

Padilla montaba un excelente caballo. Dióle toda la fuerza de la carrera; atravesó el campo, y tomó hacia el arco del Mata-sano. Con la velocidad del rayo pasó por el puente y se dirigió hacia la iglesia de la Concepción. Estaba abierta y advirtiéndolo D. Diego, apeóse ligeramente del caballo y se asiló en aquel lugar sagrado, cuando el alférez iba á darle alcance.

Detuvo D. César su caballo y siguió con la vista al fugitivo. Seguro ya éste, volvió la cara y se encontró frente á frente con el joven. Ambos lanzaron una exclamación de sorpresa al reconocerse; pero los sentimientos que experimentaban eran de muy diferente naturaleza. Á D. Diego, la presencia de Don César de Carranza, en aquel momento, le causó la mayor indignación. Don César lo que sintió fué el más vivo dolor, al ver quién era aquel hidalgo á quien se le había encargado prender.

Don César no podía penetrar en la iglesia sin violar el asilo. Previno á uno de los dragones fuese inmediatamente á avisar al comandante del cuerpo lo ocurrido, para que diese parte al Presidente, y él permaneció frente á la puerta de la iglesia. Luego que el conde de Santiago tuvo conocimiento de haberse retraído D. Diego de Padilla en la Concepción, dispuso que un piquete de veinte hombres fuese á reforzar los pocos dragones que tenía D. César y envió á éste instrucciones terminantes para que con aquella gente rodease el templo, á fin de que el reo no pudiese evadirse. Obedeció el alférez con la mayor pena, distribuyó su tropa y él permaneció frente á la puerta principal.

Al momento corrió por toda la ciudad la nueva del suceso

extraordinario que acababa de ocurrir, y las calles contiguas á la Concepción comenzaron á llenarse de curiosos, atraídos por la novedad. Pasaron algunas horas sin que D. Diego saliese, y ni el alférez ni las tropas desamparaban sus puestos. La autoridad eclesiástica rehusaba entregar al reo, á menos que fuese indultado, lo que el Presidente se negaba á conceder. Pasó así todo el día y cuando se acercaba la noche, el conde previno que no se cerrasen las puertas de la iglesia, á lo que accedió el vicario capitular que gobernaba la diócesis, sede vacante. La población estaba excitada, formándose partidos, ó mejor dicho, exacerbándose los que ya existían; pues los adictos á la familia de Padilla sostenían la inmunidad, al paso que los de Carranza alegaban que el delito era de los que no gozaban del privilegio del asilo.

Don Rodrigo de Arias, cuando tuvo conocimiento, por la voz pública, de lo que ocurría, mandó convocar á los Nazarenos, que se reunieron á las ocho de la noche en la casa de los espantos. El gobernador expuso la situación de las cosas y manifestó la urgente necesidad de que la asociación nombrase un jefe, ya que D. Diego de Padilla estaba imposibilitado por el momento de ejercer sus funciones. Adoptóse la idea, y habiéndose procedido á la elección, fué nombrado D. Rodrigo, que no vaciló en aceptar el cargo.

— Caballeros, dijo el gobernador, una vez que vuestra confianza me ha designado para que dirija la asociación en las circunstancias gravísimas en que nos hallamos, debo deciros que mi opinión es que obremos con energía, decisión y prontitud. El honor nos manda acudir en auxilio de D. Diego de Padilla; la ocasión es oportuna y favorable; el pueblo está vivamente excitado y nuestros numerosos partidarios aguardan solamente una orden para dar el golpe que desean tiempo ha con ansiedad. Tenemos algunas armas, reunámonos y salvemos á D. Diego. Hoy es tiempo todavía; la autoridad descansa en la seguridad de que no tiene nada que temer. Ma-

ñana tal vez sería tarde; pues probablemente la actitud del vecindario hará que se redoblen las precauciones. Desbaratemos ese pelotón de soldados que al mando de un alférez tiene sitiada la iglesia donde está asilado Padilla, y en seguida procedamos á la prisión del Presidente, de su hijo y de sus allegados. No olvidéis que la fortuna ayuda á los atrevidos y que niega sus favores á los pusilánimes.

En consecuencia, quedó acordado que al siguiente día á las cinco de la mañana, se reunirían los Nazarenos, armado cada cual como pudiese, en el arco del Matasano, para atacar á los veinticinco dragones estacionados al rededor de la iglesia de la Concepcion, y dirigirse en seguida al real palacio. Convínose en que se aprovecharía la noche para citar á los individuos de la asociación que no estaban presentes en aquella junta y tomar otras medidas conducentes al buen éxito de la empresa; y todo dispuesto así, se disolvió la reunión.

Entretanto el Presidente por su parte celebraba consejo con el Adelantado y con los oidores que les eran conocidamente adictos. En aquella junta se expuso la excitación que mostraba el pueblo y la necesidad de tomar una medida pronta y extraordinaria, para salvar la tranquilidad pública amenazada y dejar bien puesto el prestigio de la autoridad. Se resolvió aumentar la fuerza, convocándose las compañías que estaban organizadas y á cuyos capitanes se llamó en el acto para recibir órdenes. Cuatro cañones fueron colocados en la plaza mayor y dos en la calle de la Concepción. Dobláronse las rondas y las alturas del palacio real se coronaron de arcabuceros.

El alférez D. César de Carranza, á quien su mala suerte había destinado un papel importante en aquellos sucesos, estaba sentado en un banco de piedra, frente á la puerta de la Concepción, que, como hemos dicho, permanecía abierta. El desgraciado joven se encontraba abrumado por los graves pensamientos que le sugería lo extraordinario de su situación.

Hallábase ahí, encargado de capturar al padre de la mujer á quien amaba y á dos pasos del sitio donde Doña Violante había ido á sepultar sus dolores. Don César maldecía la ciega fatalidad que lo colocara en tal apuro, cuando oyó el ruido de un caballo que se acercaba. Púsose en pie el alferez y reconoció al jinete. Era un oficial, portador de un despacho del Presidente. Á pocos pasos de distancia estaba, en un nicho abierto en la pared, una imagen de la Virgen, ante la cual ardía una lámpara. Á su luz pudo leer el joven el papel que el mensajero del Presidente acababa de poner en sus manos. Vió que decía así.

« El alferez D. César de Carranza extraerá del asilo, mañana á las cuatro de la madrugada, á D. Diego de Padilla, y con la escolta de dragones que tiene á sus órdenes, conducirá al reo, con la debida seguridad y prontitud, hasta entregarle al gobernador del castillo de San Felipe, en el golfo dulce, por convenir así al servicio del rey.

« Dada en el real palacio, en Santiago de Guatemala, á las doce de la noche del día 25 de Octubre de 1656 años.

[Firmado. El Conde de Santiago de Calimaya. »

— Decid á Su Señoría, dijo el alferez al oficial, que sus órdenes serán puntualmente cumplidas.

Retiróse el mensajero, y D. César volvió á sentarse en el banco de piedra, abrumado de dolor. Sentíase interiormente combatido por las ideas del honor y de la disciplina militar, por una parte, y por la consideración que debía guardar al padre de Doña Violante, por otra. El desgraciado conservaba como una especie de culto á aquel amor funesto, ignorando todavía el abismo que el destino había abierto entre él y la hija de D. Diego de Padilla. Creía que al fin podría lograr vencer la oposición que éste mostraba á su matrimonio: confiaba en que Doña Violante no le habría olvidado y temblaba de aumentar de alguna manera los obstáculos que se oponían á la realización

de sus esperanzas más ardientes. D. César consideraba como una crueldad en el Presidente el haberle encargado de aquella odiosa comisión y buscaba algún arbitrio para eludirla. Su carácter enérgico y decidido no le permitía muchas vacilaciones. Tomó, pues, una resolución atrevida ; se embozó en su capá, entró en la iglesia y se encaminó hacia la verja del presbiterio. D. Diego estaba ahí, de rodillas y en oración, y aunque el alférez hizo de propósito algún ligero ruido para llamar la atención al anciano caballero, éste no levantó los ojos. Entonces D. César se decidió á dirigirle la palabra y le habló en los términos que se dirán en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXV

El entredicho.

— Perdonad, señor D. Diego, dijo D. César, si vengo á interrumpiros en vuestras devociones. Pero el tiempo urge y deseo que aprovechéis las pocas horas que faltan de la noche.

— ¿Para qué? contestó D. Diego con tranquilidad. ¿Para prepararme á la muerte? ¿Os habéis encargado de ser hasta el fin el instrumento de la venganza de mis enemigos? Estoy pronto.

Aquellas crueles palabras traspasaron como una espada el noble corazón de D. César. Conservó, sin embargo, moderación, y dijo á D. Diego :

— No, caballero ; no vengo á prepararos para la muerte ; por el contrario, vengo á proponeros el único medio quizá que os queda para salvaros.

No contestó D. Diego, y D. César continuó diciendo :

— Huid, tengo mi caballo á la puerta de la iglesia ; no perdáis tiempo ; dos ó tres horas más, y ya sería tarde. Huid ; yo tomo sobre mí la responsabilidad de vuestra fuga. Leed, añadió, y presentó á D. Diego el papel que acababa de serle entregado.

Acercóse el anciano á la lámpara que ardía delante del altar y leyó la orden en que se prevenía á D. César conducirle al castillo del golfo dulce. Luego que la hubo leído, la devolvió al alférez con la mayor tranquilidad, y le dijo :

— Haced vuestro deber.

Atónito D. César, no podía comprender tanta obstinación.

— Señor D. Diego, dijo el joven, no os obstinéis en rehusar la oportunidad que se os ofrece para salvaros. Permitidme os haga observar que, á vuestra edad, la orden de conduciros al presidio del golfo, es una verdadera orden de muerte. Huid, repito; yo sufriré las consecuencias de mi falta.

— No debo ni quiero, respondió D. Diego, recibir de vos el más pequeño servicio; repito que estoy pronto y que hagáis vuestro deber.

Dicho esto, el anciano volvió la espalda al alférez y fué á arrodillarse cerca del altar.

Don César, que no podía comprender el motivo secreto de la conducta de D. Diego, deploró en el fondo de su alma lo que él consideraba como un capricho del rencor, procedente de la rivalidad con la familia que le había adoptado como hijo; y se salió de la iglesia profundamente afligido. Pasó así las pocas horas que faltaban para la señalada en la orden del Presidente. Poco antes de las cuatro, el mismo oficial que le había transmitido la orden, se presentó con un caballo enjaezado, que debía montar D. Diego, y D. César llamó á los dragones que estaban colocados en torno de la iglesia. Cuando el reloj dió las cuatro campanadas, el alférez entró en el templo y se dirigió al presbiterio. D. Diego oraba todavía, á muy pocos pasos de la reja del coro de las religiosas.

— Ha llegado la hora, caballero, dijo el joven con voz que revelaba toda su emocion.

— Vamos, contestó D. Diego, poniéndose en pie. Y extendiendo la mano derecha hacia el altar, en cuyo fondo oscuro se destacaba un crucifijo de marfil, dijo, en tono grave y solemne:

— Pongo á Jesucristo por testigo de esta violencia. Sé que voy á morir. Decid al conde de Santiago que le emplazo ante el tribunal de Dios, donde compareceremos ambos, tres días después de mi muerte.

En aquel momento se oyó un grito desgarrador detrás de la reja del coro. Era Doña Violante, que, sabiendo como su padre estaba asilado en la iglesia, había pasado la noche en oración, á pocos pasos del anciano. La infeliz joven pudo ser testigo de aquella tristísima escena, viendo al través del velo y á la luz incierta de la lámpara, á su padre y á su amante, y oyendo perfectamente las últimas palabras de D. Diego. Tanto éste como D. César, conocieron de quién partía aquel acento de dolor. D. Diego no fué dueño de contener sus lágrimas, al recibir aquella postrera despedida del único ser á quien amaba en este mundo y por quien sentía perder la vida, y D. César ahogaba sus gemidos en el fondo de su pecho.

— Vamos, dijo D. Diego, y sin volver la cabeza hacia el coro, se dirigió á la puerta de la iglesia, seguido por el alférez. Los dragones aguardaban ya, y uno de ellos tenía por la brida el caballo que había de montar D. Diego.

— Vuestra espada, caballero, dijo D. César, tendiendo la mano para recibirla.

Don Diego desató la espada del cinturón y echó en torno una mirada, como buscando un oficial á quien entregarla. Visto que no le había, la tomó por la punta y alargó la empuñadura á uno de los dragones, sin decir palabra.

— Recibidla, dijo al soldado D. César é inclinó la cabeza, para ocultar la sensación que le causaba aquel nuevo desaire.

Montaron á caballo y partieron á galope, atravesando las calles solitarias de la ciudad.

Una hora después, varios grupos de hombres fueron agolpándose en el arco del Matasano. Eran los Nazarenos. Reuniéronse cerca de doscientos, y se dirigieron en silencio hacia la Concepción. D. Rodrigo de Arias marchaba al frente de aquella turba, mal armada, pero decidida. Cuando llegaron frente á la iglesia, les llamó la atención el no encontrar ya la partida de dragones. Hacían diversas conjeturas sobre aquella repentina desaparición de la guardia, cuya causa no acertaban

á explicarse, no resolviéndose á creer que la inmunidad del asilo hubiese sido violada. D. Rodrigo resolvió penetrar solo en el templo é indagar, si le fuese posible, qué había sido de D. Diego. Hizolo así, entró, y habiendo encontrado al capellán del monasterio, éste le refirió como el reo había sido extraído del asilo sagrado, probablemente por orden del Presidente; agregando que en el acto iba á dar parte al gobernador de la mitra.

Retiróse D. Rodrigo y fué á reunirse con los Nazarenos, á quienes refirió lo ocurrido. Resolvieron, en vista de la desaparición de D. Diego, y no sabiéndose el punto á donde hubiese sido llevado, aguardar á ver el giro que tomasen los acontecimientos. En consecuencia, disolviéronse los conjurados, advertidos de que volverían á reunirse al primer aviso que se les comunicase.

Á las seis de la mañana la ciudad entera sabía que el asilo había sido violado y D. Diego de Padilla conducido no se sabía adónde. Aquella noticia hizo una sensación profunda en todas las clases del vecindario. Comenzaron á reunirse grupos de gente por diversos puntos, en actitud amenazadora. Á las siete las campanas de la Concepción tocaban á *entredicho* y se cerraban las puertas de la iglesia, con escándalo de los fieles. El furor del pueblo no conocía límites. Escuchábanse por todas partes gritos subversivos y el Presidente se preparaba á la defensa. Fortificóse á toda prisa el palacio real, colocándose arcabuceros en los principales edificios y se guarneció la plaza de armas con la artillería. Entretanto, D. Rodrigo de Arias consideró oportuna la ocasión para intentar un golpe decisivo y comunicó sus órdenes á los conjurados, que inmediatamente se mezclaran entre los grupos de los descontentos, animándolos á derrocar á los que habían violado la santidad del santuario.

Á las doce de la mañana la ciudad entera estaba en la mayor efervescencia y un choque parecía inevitable. Los amotinados comenzaron á alzar el grito de ¡Viva nuestro capitán general

D. Rodrigo de Arias! resonando de un extremo á otro de la población las aclamaciones más entusiastas por el joven gobernador, cuya popularidad creció extraordinariamente en unas pocas horas, merced á los trabajos activos de los Nazarenos. Pasó así la tarde. D. Rodrigo celebró junta con los principales conjurados y se convino en dar él asalto por la noche, teniendo casi completa seguridad de que se obtendría el triunfo. Acordado el ataque para las diez, D. Rodrigo se retiró á su casa, para hacer los últimos preparativos. Sus agentes continuaron en tanto comunicando sus órdenes y entusiasmando más y más al pueblo.

Entretanto, veamos lo que pasaba en el palacio. El conde de Santiago, su hijo y los funcionarios principales adictos al Presidente, recibieron con asombro los partes que se les transmitían de la actitud decidida y resuelta de la población. Pero lo que más los alarmó fué la duda que manifestaron los capitanes de las compañías acerca de la fidelidad de la tropa, que más bien parecía inclinada á unirse al vecindario. Resolvióse celebrar junta de guerra á las ocho, y se citó al efecto á algunos de los oidores, á los alcaldes, al maese de campo, al alférez real y á los capitanes de compañías.

Doña Elvira de Lagasti, encerrada en su habitación, sabía los rumores que corrían y temblaba al oír cuál era el estado de las cosas, no ignorando que el nombre de D. Rodrigo se escuchaba entre las aclamaciones de los sediciosos. Hallándose en aquella congoja, llamaron suavemente á la puerta de su dormitorio. Fué ella misma á abrir y se encontró con Adriano, el paje de su marido, que estaba pálido y demudado.

— ¿Estáis sola, señora? preguntó el joven.

— Sí, Adriano, contestó Doña Elvira asustada. ¿Qué es lo que ocurre? Dímelo todo; quiero saberlo.

— Lo que ocurre, señora, contestó Adriano, es que la ciudad está en armas y decidida á atacar el palacio dentro de dos horas; que no se puede contar con la fidelidad de la tropa y

que el Presidente sucumbirá, después de que haya habido desgracias incalculables.

Doña Elvira se estremeció al escuchar aquellas palabras, y dijo :

— Pero, ¿quién ha podido organizar tan pronto una insurrección tan formidable?

— ¿Quién, señora? contestó Adriano; voy á decíroslo; y sabed que al revelaros este secreto terrible, que sólo la necesidad me obliga á descubrir, pongo mi cabeza en el más grave peligro. Existe, añadió, bajando la voz, una asociación numerosa, compuesta de muchos individuos de la nobleza, de la clase media y del pueblo, que reconocía por jefe á D. Diego de Padilla, y que aprovechando la excitación en que ha puesto al vecindario el entredicho de la iglesia de la Concepción, ha resuelto el asalto del palacio para esta misma noche á las diez.

— ¡ Santo Dios ! exclamó la joven ¿estás seguro de lo que me dices?

— Haced de caso, señora, contestó Adriano, que yo mismo hubiese concurrido á la reunión de los conjurados y oído estas disposiciones.

— Adriano, dijo Dña. Elvira fuera de sí, es necesario evitar que suceda semejante desgracia. ¿Has dado ya aviso al Conde y al Adelantado ?

— Me guardaré bien de hacerlo, señora, respondió Adriano. Ellos nada podrían remediar, y yo me perdería inútilmente. Os lo digo á vos que sois la única que puede disipar la tempestad.

— ¡ Yo ! dijo Dña. Elvira con asombro, ¿y cómo ?

— Abocándoos, contestó Adriano, con el jefe de los conjurados y comprometiéndole á que se aplace el asalto con cualquier pretexto, en tanto se hace algún arreglo, al cual, según he podido entender, se hallan dispuestos tanto el Presidente como el vicario capitular que temen ya las consecuencias de la ira del pueblo, que han provocado imprudentemente.

— ¿Y cuál es ese jefe con quien dices que debo abocarme? preguntó Dña. Elvira.

— ¿No lo alcanzáis, señora? contestó el paje; y bajando aun más la voz, añadió; ese jefe absoluto de los conjurados, que tiene hoy en sus manos la suerte de la población, es Don Rodrigo de Arias.

— Un rayo habría hecho menos impresión en Dña. Elvira que aquella revelación inesperada. Tembló al ver comprometido á D. Rodrigo en empresa tan peligrosa, y dijo:

— ¿Es cierto lo que me dices? apenas puedo creerlo, Adriano.

— Pues no lo dudéis, señora; y sobre todo, conjúroos á que por Dios no perdáis un tiempo precioso. Pronto será ya tarde para evitar los horrores de una lucha en que tal vez pereceremos todos. Decidios, señora, id á buscar á D. Rodrigo.

— ¿Pero cómo y adónde? ¿no ves que semejante paso puede comprometerme gravemente?

— No temáis señora, dijo Adriano; ahora nadie está en palacio para pensar en otra cosa que en el alzamiento. Podéis salir con la mayor facilidad, sin ser notada; yo os acompañaré y os proporcionaré un disfraz con el cual podréis atravesar entre los conjurados sin que os moleste nadie. Vamos. Ved que de aquí á una hora ya será tarde.

Apremiada Doña Elvira con las instancias del paje, y más aún por la consideración de los males que sobrevendrían, si no se decidía á ver á D. Rodrigo, hubo al fin de resolverse y dijo á Adriano que estaba pronta. Salieron de las habitaciones y tomando un corredor excusado, salvaron la puerta de los coches sin encontrar á nadie. El conde, D. Enrique, D. García y otros señores, estaban en el gabinete del Presidente, en la junta de guerra.

Luego que estuvieron en la calle, desenvolvió Adriano un hatillo que llevaba bajo el brazo, y sacando dos túnicas de color violado y dos capuces, presentó la una á Doña Elvira.

— ¿Y esto qué es? preguntó la joven.

— Es, contestó el paje, el disfraz de que os he hablado. Con estas túnicas y estos capuces podremos caminar con toda seguridad, aun cuando encontremos algunos de los amotinados, y llegar hasta la casa de D. Rodrigo.

Diciendo esto, Adriano se vistió la túnica, cubrió su cabeza con el capuz, y obligó á Doña Elvira á que se disfrazase. Hizolo la joven, y pronto se alejaron ambos del palacio dirigiéndose, por calles extraviadas, hacia la casa de D. Rodrigo de Arias.

CAPÍTULO XXXVI

Un peligro.

Doña Elvira y Adriano llegaron hasta la casa de D. Rodrigo, sin encontrar persona alguna que los detuviese. Uno que otro grupo de amotinados que atravesaba las calles, viendo el traje de Nazarenos que vestían el paje y la joven señora, los dejaban pasar de largo.

Cuando llegaron á la puerta de la casa del gobernador, Adriano pronunció al oído del portero el *Malo mori* con que se daban á reconocer los Nazarenos, lo que bastó para que se les dejase entrar. Adriano dijo que su compañero tenía grande urgencia de hablar al gobernador, y con eso el desconocido Nazareno fué introducido en el gabinete de D. Rodrigo, que se ocupaba en escribir algunas cartas. Adriano fué á situarse en la puerta de la calle, aguardando á Doña Elvira, para volverla á conducir al palacio.

La joven señora, cuando hubo entrado en el gabinete, levantó el capuz que cubría su rostro, y D. Rodrigo lanzó una exclamación de sorpresa. Apenas podía creer á sus propios ojos. Levantóse y fué á tomar la mano de Doña Elvira, diciéndole :

— ¿Vos aquí, Elvira? ¿Cuál es el genio bienhechor que os ha conducido á mi casa en este momento, en que habría yo dado diez años de mi vida por veros un solo instante?

— Don Rodrigo, contestó la joven, debéis suponer que el

motivo que me obliga á dar este paso, cuya gravedad no se me oculta, es demasiado importante. No me he atrevido á llamaros á palacio, en la situación en que se halla la ciudad, y más bien he querido exponerme yo, que no haceros correr un nuevo peligro.

— ¡Alma generosa! contestó el gobernador con efusión. Antes de ponerlos en riesgo de sufrir la más ligera desazón, debisteis haberme llamado, que yo hubiera corrido á buscarlos, aun cuando me hubiese costado la vida. Decid, Elvira, qué puedo hacer por vos. Sabéis que vuestros deseos son órdenes para mí.

— Yo no vengo, D. Rodrigo, contestó Doña Elvira, á mandaros cosa alguna, sino á pedirlos por lo que más améis en este mundo, que empleéis vuestra influencia para que cese la turbación en que se encuentra la ciudad. Sé que disponéis en absoluto de los amotinados, y os suplico evitéis el cúmulo de desgracias que nos amenazan.

— Señora, contestó D. Rodrigo, poniéndose serio; ¿qué es lo que me pedís? No gusto de ficciones, y así, no os ocultaré que ejerzo alguna influencia sobre una gran parte de la nobleza y del pueblo, que cansados de la opresión, se han levantado contra los autores de sus males. Pero reflexionad, Doña Elvira, que en la situación en que se hallan las cosas, no podría yo, sin faltar á compromisos que un caballero no debe romper jamás, acceder á vuestros deseos. D. Diego de Padilla ha sido extraído del asilo, y á esta hora, si no ha sido asesinado vilmente, se hallará acaso aherrojado entre los criminales. La nobleza ha sido herida en uno de sus principales miembros, y el pueblo ve con escándalo el entredicho que la autoridad eclesiástica se ha visto obligada á poner en la iglesia de donde aquél ha sido arrancado violentamente. ¿Qué queréis que yo haga en esta situación?

— Yo lo único que os pido, D. Rodrigo, es que hagáis suspender el asalto del palacio, que sé ha sido señalado para

esta noche á las diez; y que entretanto, si por parte del Presidente y del vicario se muestra disposición para un arreglo, ayudéis á él con todo vuestro poder. Esto os pido, esto os suplico; hacedlo por el bien de tantos inocentes que habrían de perecer en un combate; hacedlo por vos mismo, que vais á correr un grave riesgo: hacedlo por mí, que muero á la sola idea de que vuestra vida está en peligro.

Al decir esto la joven derramaba lágrimas que hubieran conmovido al hombre más indiferente y frío, no ya al tierno y apasionado D. Rodrigo. El gobernador, fuera de sí, puso una rodilla en tierra, y dijo:

— Haced de mí lo que queráis, Elvira, convengo en todo; por vos me comprometo á todo y renuncio para siempre á mis ensueños de ambición y gloria. ¡Gloria, ambición! repitió el joven, entusiasmándose cada vez más; ¿qué son, sino sombras fugitivas, quimeras que nos finge la fantasía y que se desvanecen apenas las tocamos? Elvira, Elvira mía, la verdadera felicidad es para mí ofrecerte mi vida en holocausto, dar mi existencia por satisfacer el más insignificante de tus deseos.

Apenas Don Rodrigo había pronunciado aquellas palabras, que revelaban la excitación febril de su alma, cuando un lacayo abrió la puerta del gabinete y dijo:

— El señor Adelantado de Filipinas desea vivamente hablar con Vuestra Señoría y sube ya las escaleras.

Doña Elvira se puso pálida de terror y sintió que las fuerzas la abandonaban.

— ¡Enrique! exclamó; ¡estoy perdida!

— Ocultaos aquí, dijo D. Rodrigo, y abriendo la puerta del dormitorio, empujó á la joven, que apenas tuvo tiempo para cerrar la puerta, pues el Adelantado entraba ya en el gabinete.

Don Rodrigo de Arias calculó desde luego que la visita extraordinaria del Adelantado tendría por objeto tratar de las cosas públicas, y comprendió fácilmente que al decidirse á dar aquel paso, D. Enrique, y aun el Presidente debían

encontrarse seriamente alarmados. Pero ya D. Rodrigo se consideraba obligado á procurar la paz, en fuerza de la promesa que acababa de hacer á Doña Elvira.

— Señor Don Rodrigo, dijo el Adelantado, perdonad si me he tomado la libertad de presentarme á estas horas en vuestra casa. El objeto que aquí me trae, espero me servirá de excusa.

— Sois muy dueño, señor Adelantado, contestó el joven con urbanidad, de venir á esta casa cómo y cuándo gustéis; que yo siempre tendré á mucha honra el recibiros.

Don Enrique correspondió á aquella aceptación cortesana con una inclinación de cabeza y prosiguió diciendo:

— Estáis bien informado, caballero, de la situación de las cosas: el populacho, unido á una parte de la nobleza, acaudillados por algunos individuos de ésta, intentan perturbar el orden público. Mi padre ha expedido sus órdenes y está resuelto á defender la autoridad, aun cuando sea necesario para esto reducir á cenizas la población. Las disposiciones están tomadas, y si por parte de los sediciosos hay decisión, no es menor la del Presidente y la de la real Audiencia.

— Lo comprendo perfectamente, caballero, respondió Don Rodrigo con tranquilidad. Nadie ignora que el conde de Santiago es animoso, y debemos suponer que los que se disponen á lanzarse al ataque, cuentan con la resistencia y están resueltos á vencerla.

Don Enrique pudo advertir por aquella respuesta, que el gobernador no se dejaba intimidar con amenazas; y así, cambiando de tono, dijo:

— Pero si tal es la determinación de mi padre y la de los principales funcionarios, por mi parte deseo se eviten las desgracias consiguientes á una perturbación como la que se prepara, cuyas funestas consecuencias aun no pueden preverse. Por un motivo ú otro, los amotinados aclaman vuestro nombre, y según se dice generalmente, ejercéis en ellos grande influencia. Vengo, pues, á proponeros una composición ami-

gable : yo emplearé mis buenos oficios con el conde y con la autoridad eclesiástica para que cesen los motivos de desagrado de la nobleza y del pueblo, si queréis vos emplear los vuestros con los descontentos, á fin de que desistan de su empresa temeraria y se retiren pacíficamente á sus hogares.

Don Rodrigo, que como hemos visto, había ofrecido á Doña Elvira hacer lo mismo que le pedia el Adelantado, contestó :

— Por mi parte, estoy pronto á que se haga lo que deseáis ; pero conviene fijar claramente los términos de un arreglo, para evitar errores. Si os obligáis á recabar del Presidente la libertad de D. Diego de Padilla, y del gobernador de la mitra la cesación del entredicho, me comprometeré á obtener de la nobleza y del pueblo que depongan las armas y desistan de toda mira hostil contra la autoridad.

— En cuanto á la cesación del entredicho, replicó Don Enrique, pienso que no habrá dificultad y podría quizá obtenerse esta misma noche ; mas por lo que respecta á la otra condición, es un poco difícil, pues D. Diego ha sido trasladado desde muy temprano de la mañana fuera de la ciudad, por medida de precaución. Lo más que pienso podría ofrecerse es que su vida será respetada y que se le permitirá volver tan pronto como los ánimos estén completamente pacíficos.

Don Rodrigo permaneció un momento pensativo, y contestó á Don Enrique :

— Todo depende de la resolución de la nobleza y del pueblo, á quienes someteré vuestra indicación.

En aquel momento se oyó un gran ruido en las piezas inmediatas, como si una porción de personas hablase al mismo tiempo y acaloradamente. Se abrió la puerta del gabinete, y entró un lacayo, que parecía muy asustado.

— Señor, dijo al gobernador, un número considerable de personas de la nobleza y del pueblo ha penetrado en la casa y desea hablaros. Se ha esparcido la voz de que se halla aquí el señor Adelantado, á quien acusan de ser el origen de los

males que se lamentan, y vienen á pedirnos os sirváis entregarle.

Don Enrique se puso pálido al escuchar aquellas palabras, y Don Rodrigo contestó con indignación :

— La nobleza y el pueblo que tal cosa pretenden, no saben lo que se dicen. Antes pasarán sobre mi cadáver, que sacar de mi casa al que ha sido recibido en ella como amigo.

— Ya se acercan, dijo el lacayo.

Y era así efectivamente. Habiendo penetrado en el salón, y viendo abierta la puerta que conducía al gabinete, aquella gente irritada entraba ya en la pieza donde conversaban Don Rodrigo y el Adelantado. Advirtiéndolo éste, dijo al gobernador :

— Recibidlos ; yo voy á retirarme á esta pieza, á fin de dejaros en libertad y para evitarme algún insulto.

Dicho esto, antes de que Don Rodrigo pudiese detenerlo, Don Enrique empujó la puerta del dormitorio y entró. El gobernador, vivamente alarmado por Doña Elvira, no tuvo más arbitrio que precipitarse al dormitorio detrás de D. Enrique, y acercándose á una mesa sobre la cual estaba un velón, apagó la luz, dejando la alcoba en completa oscuridad. Doña Elvira, que lo había escuchado todo, acababa de ocultarse detrás de las cortinas de la cama de D. Rodrigo.

CAPÍTULO XXXVII

Otro peligro.

Cuando el gobernador volvió al gabinete, entraban ya los individuos de la nobleza y del pueblo que iban con la extraña pretensión de que se les entregase á Don Enrique. Recibiéndolos Don Rodrigo con urbanidad, pero con semblante que manifestaba el desagrado con que se disponía á oír su demanda. Tomó la palabra uno de los caballeros, y haciendo la enumeración de las quejas que tenían todas las clases del Adelantado de Filipinas, á quien se acusaba de ser instigador de las medidas parciales y violentas de su padre, concluyó pidiendo á D. Rodrigo la entrega de D. Enrique.

El gobernador oyó con calma aquella arenga, y cuando hubo concluido, dijo :

— No aguardaba yo, ciertamente, caballero, oír de boca de quien tiene sangre española en sus venas, semejante proposición. No discuto los motivos de queja que la nobleza pueda tener del Adelantado; pero este caballero es por el momento huésped mío, está bajo el amparo de mi casa, y aun cuando tuviese manchadas las manos con la sangre de mi padre, yo no le entregaría, si el rey en persona me lo reclamase. Es inútil, pues, señores, hablar de esto ; y más bien os suplico os retiréis, en tanto puedo combinar con D. Enrique el plan de arreglo de las dificultades pendientes, que pueda satisfacer á la nobleza y al pueblo ; arreglo que yo cuidaré de someteros.

Vista la firme resolución de D. Rodrigo, los comisionados se retiraron disgustados, para ir á dar aviso del mal éxito de su encargo.

El gobernador entró en el gabinete y dijo á D. Enrique :

— Podéis salir, caballero.

— Lo he escuchado todo, señor gobernador, dijo D. Enrique, y os doy las gracias por vuestro noble comportamiento.

— Nada tenéis que decirme, contestó D. Rodrigo ; lo que yo he hecho, es lo que cualquier otro hidalgo que comprenda su deber, no habría dejado de hacer en igual circunstancia. Ahora, añadió, ya habéis oído cuál es la resolución del vecindario. Decidíos porque el tiempo urge.

— Lo he meditado todo, dijo D. Enrique, y no vacilo en ofreceros que se dará la orden para que se haga venir á D. Diego de Padilla, y que se levantará el entredicho.

— Muy bien, contestó el gobernador ; con esa seguridad, yo por mi parte creo poder ofreceros que se restablecerá la tranquilidad pública.

— Vamos, pues, replicó D. Rodrigo ; son las diez menos cuarto y no hay tiempo que perder.

Despidióse el Adelantado, y cuando hubo salido, Doña Elvira, cuyo rostro conservaba todavía la expresión del terror y la congoja que le causara el peligro en que acababa de verse, atravesó el gabinete y tendiendo la mano á D. Rodrigo, dijo con acento conmovido :

— Gracias, Rodrigo, sois grande, valiente y generoso, como son otros cobardes y menguados. Adiós. No olvidaré lo que por mí habéis hecho.

El gobernador puso sus labios con respeto en la mano de la joven y la siguió tristemente con la vista, mientras se alejaba.

— Voy á perder el afecto de esas gentes, dijo D. Rodrigo ; pero ella lo quiere, y por ella no hay nada que yo no perdería.

Tomó su espada y su sombrero, y embozándose en su capa, salió á la calle y se dirigió á la casa de los espantos, donde le

aguardaban ya los Nazarenos, citados para las diez menos cuarto.

Entretanto Doña Elvira, que no encontró ya en la puerta de la calle á Adriano, que había huído al ver que llegaba su amo, tuvo que regresar sola, tomando la precaución de cubrirse el rostro con el capuz de Nazareno. Pero no bien hubo doblado una esquina, para tomar una calle que conducía al palacio, cuando se encontró frente á frente á otro Nazareno, que se le acercó y le dijo en voz baja :

— *Malo mori.*

No sabiendo Doña Elvira qué contestar, pues Adriano había creído innecesario comunicarle la seña y contraseña, puesto que iban juntos, la joven apresuró el paso y trataba de desembarazarse de aquel importuno. Pero el Nazareno, al ver que no se le contestaba, hubo de concebir algunas sospechas y asiendo á Doña Elvira por la túnica, la detuvo diciéndole :

— ¿ Quién sois, y cómo si lleváis ese traje no respondéis de la manera convenida ?

La pobre joven temblaba de pies á cabeza y no articulaba una sola palabra.

Sospechando por la estatura y por la forma de la mano con que Doña Elvira sujetaba el capuz, que aquel fingido Nazareno, fuese una mujer, le dijo el otro :

— Venid; es necesario aclarar este misterio.

Sin que la esposa del Adelantado pudiese impedirlo, el Nazareno, que la tenía asida de la túnica, la hizo caminar hacia la casa de los espantos. Doña Elvira se consideró perdida, y con una voz que revelaba la congoja que le oprimía el corazón, dijo al Nazareno :

Por cuanto más améis en este mundo, os pido no me detengáis. La vida y la honra de una infeliz mujer dependen de vos. Dejadme continuar mi camino.

Asombrado quedó el Nazareno al escuchar aquellas palabras y al percibir aquel eco de voz, que le pareció reconocer. Si

hubiese abrigado en su pecho una alma compasiva, aquella súplica, hecha con tanta instancia, habría bastado para que dejase seguir su camino á Doña Elvira. Pero no era hombre de aquellos á quienes pueden apiadar los ruegos de una mujer. Por el contrario, la casi completa certeza que tuvo, desde que habló la joven, de quién fuese el fingido Nazareno, le afirmó en la idea de conducirla á la casa de los espantos. Sin contestar una sola palabra, la llevó ó por mejor decir la arrastró al barrio de Santiago, donde, como hemos dicho ya, estaban reunidos los conjurados. Doña Elvira temblaba al verse conducida así por aquel hombre á una casa desconocida, y no se atrevió á pedir auxilio, por temor de ser descubierta.

Al llegar á la puerta de la casa, Doña Elvira y su conductor desconocido, se encontraron con otro Nazareno que salía y vió la resistencia que ponía la joven, y el empeño con que el otro quería hacerla entrar. El que salía era precisamente Adriano, que después de haber escuchado parte de la sesión de la junta de los conjurados, presidida por D. Rodrigo, regresaba al palacio, temiendo pudiese ser advertida su ausencia. El paje estaba muy lejos de creer que Doña Elvira no estuviese ya de vuelta en el palacio, y así al pronto no sospechó fuese su señora la que conducía por la fuerza aquel Nazareno. Pero al pasar junto á los dos, oyó estas palabras pronunciadas con acento que revelaba la más grande aflicción :

— Por Dios, dejadme, caballero. Os repito que soy una mujer, y si no me permitís volverme, estoy perdida.

El paje comprendió perfectamente que era su señora la que se veía en tan gran peligro de ser descubierta, y volvió á entrar en la casa con la mayor presteza. Corrió al cuarto por donde se bajaba á la sala en la cual celebraban sus juntas los Nazarenos, bajó la escalera secreta y entrando en el salón, fué á colocarse detrás de la silla que ocupaba D. Rodrigo á quien dijo al oído :

— Doña Elvira se ha encontrado con un Nazareno descono-

cido, que la ha conducido violentamente hasta esta casa. Corred, señor, pues ya deben estar muy cerca de esta sala.

Dicho esto, Adriano volvió á salir, y tras él D. Rodrigo, que suplicó á los conjurados le permitiesen un momento de ausencia, por tener que ocuparse en un asunto urgente.

Subió el gobernador la escalera, y cuando llegó al cuarto, ya estaban ahí el desconocido, Adriano y Doña Elvira, á quien el Nazareno intentaba conducir á la sala de la junta. Cuando la joven vió aparecer al gobernador, lanzó una exclamación de alegría. D. Rodrigo dirigiéndose al Nazareno, le dijo con autoridad.

— ¿Quién sois vos?

El desconocido levantó su capuz y dejó ver el rostro descajado de D. Fadrique de Guzmán. Restablecido de la muy leve herida que recibiera tres días antes en el duelo con D. Diego, y sabiendo el estado de las cosas públicas, D. Fadrique determinó salir de su casa é ir á tomar parte en los acontecimientos que se preparaban. La casualidad hizo que se encontrase con Doña Elvira, y concibiendo alguna sospecha de quién pudiese ser, formó el maligno proyecto de presentarla, con el disfraz de Nazareno que llevaba la joven, á la reunión de los conjurados. La aparición de Adriano salvó á la esposa del Adelantado de aquella vergüenza.

Cuando vió D. Rodrigo quién era el que habia arrastrado á la dama hasta aquella casa, comprendiendo toda la perversidad de la intención de D. Fadrique, le dijo :

— No debí haberos preguntado quién erais. Entre los Nazarenos, no hay otro sino vos que sea capaz de semejante indignidad.

Diciendo esto, empuñó á D. Fadrique por el cuello y le precipitó por la boca de la trampa, que habia quedado abierta. Guzmán rodó por la escalera abajo y fué á caer en el salón, con asombro de los conjurados, que se levantaron y echaron mano á las espadas, al ver aquel hombre que caía desde arriba, lanzando un grito de terror.

Don Rodrigo dijo á Doña Elvira que se retirase sin pérdida de tiempo, lo que verificó la joven, acompañándola Adriano, y él bajó inmediatamente la escalera. Encontró á los conjurados que rodeaban á D. Fadrique, contuso de los golpes que recibiera al caer. Atemorizado con aquella lección, el malvado resolvió devorar la afrenta, y cuando bajó D. Rodrigo, refería á los otros Nazarenos que habiendo puesto un pie en falso en el primer peldaño de la escalera, no había podido evitar el precipitarse. El gobernador no dijo una sola palabra y fué á colocarse en la silla de la presidencia, en tanto que D. Fadrique, lleno el corazón de saña y jurando tomar, cuando se presentase la oportunidad, una sangrienta venganza de aquel nuevo y atroz ultraje, fué á ocupar su asiento entre los conjurados.

En el momento en que la entrada de Adriano fué á interrumpir la sesión de los Nazarenos, D. Rodrigo había logrado ya, aunque no sin dificultad, que consintiesen aquéllos en diferir el ataque convenido, hasta ver si el Presidente ratificaba las bases de arreglo propuestas por el Adelantado : esto es, que se daría orden para el regreso de D. Diego de Padilla y que se levantaría el entredicho. Los conjurados comprendieron que aquellas concesiones debilitarían de tal modo el prestigio del conde, que equivalían á un triunfo para la asociación ; y así, hubieron de acceder á la indicación de D. Rodrigo, que apoyaba la idea con todo el peso de su autoridad. Quedó, pues, acordado que pasase el gobernador al palacio aquella misma noche, y la reunión se disolvió.

Cuando salían los Nazarenos, D. Rodrigo se acercó á Guzmán, y tomándole por un brazo, le dijo en voz baja :

— Si sospecháis quién sea la persona á quien habéis traído aquí esta noche y reveláis su nombre, os aplastaré como á una víbora venenosa. Tenedlo entendido y obrad en consecuencia como os convenga.

Don Fadrique salió sin contestar una sola palabra, y D. Rodrigo se dirigió á palacio.

CAPÍTULO XXXVIII

Un juez y un delator.

Cuando el Adelantado de Filipinas ofreció á D. Rodrigo de Arias que se daría la orden para hacer regresar á D. Diego de Padilla, no trataba sino de salir del apuro del momento y ganar tiempo, en tanto llegaban á la ciudad algunas compañías de fuera que habían sido llamadas. D. Enrique y su padre tenían arreglado ya lo de la cesación del entredicho, á que se prestara el gobernador de la mitra *pro bono pacis*; pero antes que revocar la orden relativa á D. Diego de Padilla, el Presidente estaba resuelto, como había dicho el Adelantado, á reducir á cenizas la ciudad.

El conde manifestó á la real Audiencia que debía procederse á instruir una averiguación de aquellos hechos escandalosos, y si bien no faltaban en la corporación personas adictas á la familia de Padilla, no se atrevieron á oponerse abiertamente á una medida cuya legalidad nadie podía objetar. Dióse, pues, comisión para instruir el proceso de la sedición al oidor Don Juan Bautista de Escalante, sujeto de carácter duro y vengativo, que se mostraba decididamente opuesto á los Padillas y partidario de sus rivales, los Carranzas. D. Juan Bautista de Escalante era padre de Doña Guiomar, joven que, como hemos dicho ya más de una vez, alimentaba una pasión secreta de la cual era objeto D. Rodrigo de Arias.

El oidor comenzó el proceso con actividad y diligencia, advir-

tiéndose el decidido empeño que tenía de que resultase de la causa la complicidad de D. Diego de Padilla, á fin de justificar de alguna manera la medida violenta, tomada por el Presidente respecto á aquel caballero. Pero tres días después de iniciada, aun no aparecía dato alguno en que poder fundar un cargo. Los que habían sido llamados á declarar decían que sólo el temor de los males con que Dios había de castigar á la ciudad por el entredicho, los había lanzado á la sedición; aseguraban haber procedido por inspiración propia y no por sugestión de nadie. Desesperábase el oidor al ver que nada adelantaba y que se acusaba al Presidente de haber obrado por pasión y arbitrariamente, confinando á D. Diego al castillo del golfo, pues luego se supo que allá había sido destinado.

Entretanto la irritación de D. Rodrigo de Arias y de los otros conjurados, engañados villanamente por el Adelantado, no conocía límites. El joven gobernador veía que el Presidente y D. Enrique habían abusado de su buena fé, queriendo únicamente ganar tiempo, mientras se hacían fuertes. El entredicho se levantó; pero evadieron, con pretextos frívolos, la orden de hacer regresar á D. Diego de Padilla, que continuó su marcha al presidio, escoltado por D. César.

Con tales antecedentes, los conjurados buscaban la ocasión de llevar adelante sus planes, considerándose libres del compromiso contraído; pero necesitaban combinar mejor sus medidas, contando tan sólo con sus propias fuerzas, pues al pueblo, que se levantara únicamente por el entredicho, le importaba poco la suerte de D. Diego de Padilla. Pero he aquí que cuando los Nazarenos andaban más empeñados en asegurar el golpe, ocurrió un incidente que estuvo á punto de trastornar por completo sus proyectos y acabar con la conjuración.

Cuatro noches después de aquella en que tuvo lugar en la casa de los espantos la violenta escena entre D. Rodrigo de Arias y D. Fadrique de Guzmán, de que hemos dado noticia

en el capítulo que antecede, el oidor D. Juan Bautista de Escalante se entretenía en su gabinete en hojear el proceso de la sedición, que, como hemos dicho, estaba instruyendo, en comisión. Leía una y otra vez las declaraciones, comparábalas y buscaba en vano algún hilo que le condujese en aquel laberinto, hasta dar con la verdad. El magistrado veía perfectamente que aquel movimiento popular no había sido ni espontáneo ni aislado; era efecto de manejos ocultos y estaba ligado sin duda con otros proyectos preparados con anticipación. Esto era cuanto la perspicacia del oidor podía columbrar en aquellas diligencias, que su incansable actividad había hecho crecer extraordinariamente en sólo cuatro días.

El doctor Escalante era un anciano de mediana estatura y de fisonomía poco agradable, y un observador perspicaz habría adivinado fácilmente, bajo aquel exterior, frío en apariencia, un carácter apasionado y violento. Pasaba entre sus compañeros por letrado de mucha ciencia en el derecho y de gran rectitud como magistrado; pero quizá aquellos buenos señores tomaban por sabiduría una erudición indigesta y poco filosófica, y consideraban como rectitud del juez, lo que era simplemente probidad del hombre. El doctor Escalante sabía lo que disponían las leyes para todos ó la mayor parte de los casos que solían presentarse en el tribunal; y á esto se reducía su ciencia. No podía comprársele con dinero ni con dádivas; y esa era su rectitud. Carecía completamente de ese criterio ilustrado que sirve al juez como de una antorcha cuando está llamado á penetrar en cierto modo en la conciencia del reo, para buscar los datos que deben servirle para la declaratoria de la culpabilidad, ó para la aplicación de la pena; circunstancia en que la magistratura se eleva al rango de un verdadero sacerdocio. El doctor Escalante aplicaba, como una máquina, las disposiciones de la ley de Partida ó del Fuero Juzgo, sin tomar en cuenta la condición social del acusado, su ignorancia involuntaria, ó la perversión de sus ideas. Esclavo ciego de la justicia, desconocía

completamente la equidad ; ejecutaba, sin sospecharlo siquiera, verdaderas iniquidades y dormía tranquilo, con la conciencia de haber acomodado con exactitud material, la *ley* al *hecho*. El Dr. Escalante no quiso encompadrar con un vecino principal de la ciudad, porque se lo prohibía una ley de Indias. En una ocasión en que uno de sus amigos le obsequió con unas naranjas de su huerta, las devolvió en el acto, porque otra ley de Indias le prohibía recibir regalos. Aquellos hechos, que se publicaron en todo el reino, dieron al magistrado grandísima reputación, y poco faltó para que se le llamase, por ellos, como á otro Arístides, *el justo*. Pero el doctor Escalante había abrazado con decisión el partido de los Carranzas contra los Padillas, y en todos los negocios que solían presentarse en que tuviesen interés aquellas dos familias enemigas, se descubría su indulgencia respecto á los primeros y una severidad con los segundos, que nadie acertaba á comprender en aquel hombre tan recto. No diremos que aquel juez fuese un hipócrita. Engañaba á los demás : pero el más engañado de todos era él mismo.

Don Juan Bautista vestía aquella noche jubón y calzón de sarga negra, con golilla de lienzo muy fino y bien almidonada. Tenía calados los anteojos, y á la escasa luz de una vela, que despabilaba de vez en cuando, hojeaba el proceso de la sedición y tomaba apuntamientos. Á poca distancia se veía á su hija Doña Guiomar, cuyo semblante revelaba ya los sufrimientos acerbos que la torturaban. Parecía ocuparse en bordar una tela colocada en un bastidor ; pero en realidad estaba entregada á sus pensamientos, pues apenas daba una puntada cada cinco ó seis minutos. Acostumbraba la joven acompañar á su padre mientras leía ó escribía en su gabinete, entreteniéndose ella con alguna labor. Huérfana de madre desde muy niña, Doña Guiomar había concentrado todo su afecto en el anciano, quien la amaba con aquella ternura exagerada con que suelen amar á una sola persona los que son crueles y duros

para los demás. Ningún género de cuidados había ido á perturbar la tranquila existencia de la hija del oidor, hasta el momento que vió por desgracia á D. Rodrigo de Arias. Concibió por aquel joven una pasión profunda, que tuvo que ocultar en lo más íntimo de su alma, en la cual había leído únicamente la mirada celosa de Doña Elvira. Tampoco se escapó á Doña Guiomar el interés que á ésta inspiraba D. Rodrigo, ni el afecto del joven gobernador por la esposa del Adelantado. Devoraba, pues, en silencio el martirio de su mal correspondido amor; pero la nobleza de su carácter no le permitió alimentar jamás la más ligera animosidad contra su rival.

Fijo el pensamiento en D. Rodrigo, aquella noche reflexionaba Doña Guiomar en los sucesos que habían conmovido recientemente á la ciudad; y como no ignoraba que el nombre del gobernador andaba mezclado en aquellos acontecimientos, la pobre joven temblaba al considerar que del proceso que estaba instruyendo su padre, pudiese resultar algún daño al hombre á quien amaba.

Cuando el anciano estaba más ocupado en el examen del legajo que tenía sobre el bufete, y más abstraída Doña Guiomar en sus tristes reflexiones, un lacayo del oidor entró en el gabinete y dijo que D. Fadrique de Guzmán estaba en la antesala y solicitaba permiso para ver á su Señoría, teniendo que hablarle de un asunto muy importante y reservado.

Sorprendido el oidor, pues D. Fadrique no le había visitado jamás, consideró que algo grave debía tener efectivamente aquel joven que comunicarle, y dijo al lacayo que le introdujese. Doña Guiomar, no menos admirada, al oír el anuncio de aquella visita, á semejante hora, concibió veheméntísimas sospechas de que D. Fadrique buscaba á su padre por algún asunto relacionado con el proceso de la sedición; y guiada por ese instinto del corazón que hace adivinar los peligros que corre el objeto amado, imaginó que D. Rodrigo no había de ser enteramente extraño á la confianza de Guzman.

Concebir aquel temor y resolverse á hacer enanto estuviera á su alcance para conjurar el peligro, fué todo uno. Levantóse, pues, Dña. Guiomar, como para dejar á su padre en libertad de hablar con aquel caballero, y se dirigió hacia su habitación; pero inmediatamente atravesó las piezas que separaban á ésta de las de su padre, y fué á situarse en la alcoba, que comunicaba con el gabinete. La puerta estaba entreabierta, y Doña Guiomar podía escuchar perfectamente la conversación.

Acababa de entrar D. Fadrique y estaba colocado frente al oidor, que dirigía al joven, al través de los anteojos, su mirada penetrante y ejercitada en una larga práctica judicial que desarrollara en el magistrado el hábito de la observación.

— Estáis encargado, según he oído, señor oidor, dijo Don Fadrique, de la instrucción del proceso relativo á la sedición que ha conmovido últimamente á la ciudad.

— Sí, caballero, contestó el magistrado, que oyó aquellas palabras con el más vivo interés. ¿Sabéis alguna cosa respecto á ese asunto? Vuestro deber es revelar cuanto sepáis.

— Así lo comprendo, replicó Guzmán, y por eso he venido á buscaros. Tengo que revelar hechos gravísimos; pero ante todo necesito saber si puedo estar seguro de que la importante denuncia que vengo á haceros, no podrá perjudicarme.

En ningún concepto, caballero, dijo el oidor; podéis hablar con toda libertad, en la confianza de que, lejos de resultaros mal alguno, se sabrá premiar vuestra lealtad.

— En esa seguridad, contestó D. Fadrique, os diré que desde algún tiempo está organizada en esta ciudad una asociación muy numerosa, en la cual han entrado muchos sujetos de la primera nobleza, de la clase media y del pueblo, y que cuenta con agentes activos en las principales ciudades de las provincias.

— Teníamos ya alguna idea de ese hecho, dijo el oidor; pero ignoramos aún los nombres de los comprendidos y otros pormenores relativos á la conjuración.

— Todo eso es lo que yo vengo á revelaros, respondió Guzmán. Los principales promotores de esa conjuración han sido Don Diego de Padilla, sus parientes y amigos, y el alma de la intriga, D. Silvestre Alarcón.

— Todo como yo lo sospechaba, dijo el oidor. Proseguid, caballero.

El delator continuó :

— Hace poco tiempo la asociación, que adoptó el nombre de sociedad de los Nazarenos, usando sus individuos en la calle el traje de esos penitentes, hizo la adquisición de un sujeto importante, cuyo nombre, influencia y otras circunstancias han hecho aun más temible esa liga poderosa. ¿ No adivináis quién sea éste ?

— Pienso que sí, dijo el oidor. Don Rodri....

— Él mismo, interrumpió Guzmán. Arias ha abrazado con decisión la causa de los Nazarenos, que no es otra que la de la familia de Padilla, contra los Carranzas, contra el Presidente, su hijo y las personas que les son adictas. Don Diego era el jefe de la liga ; pero desde que se asiló en la Concepción, en consecuencia de su duelo conmigo, es D. Rodrigo de Arias el director supremo y absoluto de los Nazarenos. Las juntas de los conjurados se verifican en la casa del barrio de Santiago que llaman de los espantos, en una sala baja que no tiene más entrada que la de una trampa que da á la última pieza de arriba, y cuya puerta se abre por medio de un resorte, oculto bajo una tabla. Se han hecho aparecer ciertas supuestas fantasmas, en esa casa, con el objeto de alejar de ahí á las gentes y de dar toda seguridad á los conjurados. Esta misma noche están ahí reunidos todos, combinando un plan de asalto al palacio, pues los Nazarenos están exasperados porque no se ha cumplido la oferta de hacer volver á Padilla, y Arias pretende haber sido engañado. Si dais ahora mismo orden de prenderlos, podréis capturarlos á todos.

Doña Guiomar, que como hemos dicho, oía perfectamente

desde el cuarto inmediato aquella conversación, tembló por Don Rodrigo, y después de haber reflexionado un momento, salió precipitadamente del dormitorio del oidor y se dirigió á sus habitaciones.

— Bien, dijo el doctor Escalante á D. Fadrique ; se hará lo conveniente. Pero decidme, ¿ cómo han llegado todos esos hechos á vuestro conocimiento ?

Don Fadrique iba ya preparado para aquella pregunta, y contestó sin desconcertarse :

— Muy sencillamente, señor. Yo fuí invitado por el cajero mayor de D. Diego de Padilla á entrar en la conjuración. Mi primer pensamiento fué ir á poner en conocimiento del Presidente lo que ocurría ; pero reflexioné que haciéndolo así, perderíamos una oportunidad muy favorable para coger el hilo de la intriga ; determiné, pues, aceptar la propuesta y aprovechar la primera ocasión oportuna para informar á la autoridad de la existencia y trabajos ocultos de la asociación.

Mientras Guzmán daba aquella respuesta, el magistrado leía en la frente del delator la verdad, que éste procuraba disfrazar, y luego que D. Fadrique hubo dejado de hablar, dijo el doctor Escalante :

— Bien pudisteis, caballero, haber anticipado un poco vuestra delación, con lo cual se habría evitado la agitación escandalosa que acabamos de presenciar. Pero sea de esto lo que fuere, y sin investigar por el momento lo que antes os hizo callar y lo que ahora os hace hablar, nos habéis prestado un verdadero servicio, que será recompensado á su tiempo. Voy inmediatamente á palacio y en el acto se procederá á la captura de los conjurados. Presentaos mañana en el tribunal para que se asiente en el proceso vuestra declaración.

Don Fadrique se despidió y el doctor Escalante salió inmediatamente para palacio.
